Gustavo Wasa.

GUSTAVO WASA,

DRAMA ORIGINAL

EN CUATRO JORNADAS, Y EN VERSO.

SU AUTOR

DON EUSEBIO ASQUERINO.

MADRID:

BOIX, EDITOR.

IMPRENTA Y LIBRERIA, CALLE DE CARRETAS, NUM. 8.

1841.

A LA ILUSTRISIMA SEÑORA

DOÑA RITA MARTINEZ DE TORRES.



A nadie mejor que á V., querida tia, pudiera ofrecer este corto trabajo, fruto de mi escaso talento; porque estoy convencido de que V. solamente sabrá apreciarle, no por su mérito, si no por ir consignado en esta dedicatoria un testimonio del sincero cariño que la profesa su sobrino

EL AUTOR.

PERSONAJES.

GUSTAVO WASA. (*Cárlos*).
BLANCA.
EL SENADOR MAGNUS.
EL ALMIRANTE NORBI.
CRISTIERN II.
ENRIQUE BANNER.
SIVARD.
ISABEL.
ROBERTO.
PETERSON.
JACOBO. } *Gefes de los mineros.*
JORGE. }
UN MONTAÑES.
UN MINERO.
UN ALGAIDE.
UN MOZO DE LLAVES.
OFICIAL 1.°
OFICIAL 2.°
UNA CAMARERA.

Nobles, soldados, montañeses, máscaras, pueblo.

La escena es en Suecia á principios del siglo XVI. La primera y tercera jornada en las montañas de la Delecarlia, la segunda y cuarta, en Stokolmo.

JORNADA PRIMERA.

Vista de las montañas de la Delecarlia. Varias sendas conducen á ellas. A la izquierda del actor la cabaña de Roberto, y á la derecha un banco de piedra.

ESCENA PRIMERA.

PETERSON, JORGE *y* JACOBO, *descienden de la montaña.*

Jorge. Hemos madrugado mucho.
Peter. Lo exige vuestro deber,
Como sois los capataces
De los mineros...
Jacobo. Yá... pues.
Y el señor Roberto en tanto
Durmiendo.
(*Mirando á la cabaña, cuya puerta está cerrada.*)
Peter. El pobre ya es
De edad bastante avanzada,
Y es necesario tener
Consideracion...
Jorge. Al padre
Por la hija. ¿Qué tal? ¡eh! (*con ironía.*)

Peter. Eres malicioso, Jorge.
Jorge. Jamás lo he sido. (Acerté.)
Con que os gusta la muchacha?
Peter. Yo no he dicho...
Jorge. Está muy bien.
Pero yo lo he adivinado,
Y á deciros voy tambien
Que debeis estar celoso.
Peter. ¿Celos yo?
Jorge. Sí, vos
Peter. De quién?
Jorge. De un minero que ha llegado
A este pais hace un més.
Un tal Cárlos.
Peter. ¡Miserable!
¡Conmigo competir él!
¿Será tanta su osadía
Que llegue á desconocer
La diferencia que existe
Entre los dos?
Jorge. (Yá logré
Que reventase la mina.)
Jacobo. Petersón, no lo dudeís:
Es tan querido de todos
Ese estrangero, que á fé
De Jacobo, os aseguro
Que yo me siento tambien
Inclinado á...
Peter. ¿Y pensais
Que Roberto su hija dé
A un desconocido?
Jorge. Mucho
Lo temo, y mas si Isabel
Le ama, segun sospecho:
El amor de una muger
Hace milagros. Es jóven,
Buen mozo, afable, cortés,
Y en las minas no trabaja
Hace dias.
Peter. Cómo?
Jorge. El,
Y su compañero Enrique
Lo han sabido componer
De tal manera... el primero
Estuvo enfermo. y pardiez
Que la hija de Roberto

Supo cuidarle tan bien,
Que yo me holgaría...

Peter. Ella!

Jacobo. Ella su médico fué,
Y sanó el enfermo.

Peter. (¡Oh, Rábia!)

Jorge. Es lo único que sé.
Pero ya despertó el viejo,
Y le debe sorprender
Vuestra llegada.
(*Roberto abre la puerta de su cabaña.*)

Peter. (Su padre!
Hora lo descubriré).

ESCENA SEGUNDA.

DICHOS *y* ROBERTO.

Roberto. Buenos dias. ¡Mas que veo!
¡El señor Petersón! Cuanto
Me alegro de que tan pronto
Hayais vuelto.

Peter. Está bien: trato (*con aspereza.*)
De hacer algunas reformas
En las minas, y he de hablaros
Sobre el asunto al momento.

Roberto. Estoy á vuestro mandato.
Pero tened la bondad
De deteneros. ¿No es Cárlos
El que baja con Enrique
De la montaña?
(*Aparecen en ella Cárlos y Enrique.*)

Peter. ¿Y que diablos, (*con enfado*)
tengo que ver con ese hombre?

Jorge. Jacobo... (*con intencion*).

Roberto. (Se ha incomodado
de tal suerte...) No comprendo...

Peter. Pues calla.

Roberto. Señor, ya callo.

ESCENA III.

Los mismos, CARLOS *y* ENRIQUE *con traje de montañeses.*

Enrique. Es cierto lo que me han dicho. *(aparte á* Carlos.*)*
Miralc allí. Yo me encargo
(Señalando Peterson.)
De preguntarselo todo.
Presto habeis abandonado
La Corte. *(Dirigiéndose á Peterson.)*
Peter. En estas montañas
De la Suecia me he criado,
Y el sosiego que disfruto
Entre vosotros, no cambio
Por cuanto encierra en sus muros
Stokolmo.
Enrique. ¿Os han jugado
Alguna pesada broma
Los malditos cortesanos?
Peter. No están ellos para bromas.
Enrique. ¿Pues qué ocurre?
Peter. Han deportado
Dos ó tres mil cuando menos.
Cárlos. (Dios mio!)
Peter. De luto y llanto
Cubiertas hoy sus familias
Al cielo piden amparo.
Nadie escucha sus gemidos:
Los nobles que han escapado
De la cuchilla que amaga
Sus cuellos, hora vagando
Por los montes de su patria,
No hallarán los desgraciados
Amigo alguno que quiera
Protegerlos.
Cárlos. (Cielo santo!)
Peter. El que los oculte debe
Sufrir, segun el mandato
Del rey la pena de muerte.
Cárlos. Decid mejor el tirano. *(Conmovido.)*
Peter. No diré tal, que hay palabras
Que suelen valer cadalsos.
Jorge. Y no ha de vengar el pueblo!...

Peter. ¡El pueblo! ¿Estás delirando?
Al compás de sus cadenas
Arrulla al que le hace esclavo.
¿No ha sido el pueblo testigo
Del horrible asesinato,
Que en ilustres Senadores
Se ejecutó? No ha mirado
Con fria calma el suplicio
De la nobleza? Acordáos
Mel Senador Wasa.

Cárlos. (Cielos!)

Peter. ¿Ha sido vengada acaso
Su muerte?

Cárlos. (Ah!)

Jorge. ¿Y qué se dice
En la Córte de Gustavo,
El hijo del Senador?
El rumor que ha circulado
Sobre su muerte, ¿ha salido
Cierto?

Peter. No: por el contrario.
Se desmiente.

Jacobo. Plegue al Cielo
Que ese jóven esforzado
viva aun.

Jorge. El solo puede
De estrangeros libertarnos.

Peter. ¿Y á vosotros qué os importa?,...

Cárlos. Pudieran mirar acaso
Indiferentes los males
Que á la patria está causando
Ese Rey Dinamarqués?
Ese Rey, que con engaños
Se apoderó de la Suecia,
Para unir en un Estado
Dos Reinos? ¡Traidor infame!
¿Quién colocó en el Senado
Los estrangeros? ¿Quién hizo
Nuestras leyes violando
Los destinos de la patria
Confiar á los estraños!
¿Quién limitó los derechos
Del pueblo, y nos hizo esclavos?

Jorge. Tiene razon. ¿Y seremos
Tan cobardes que suframos
Nos gobierne un asesino,

Que su puñal ha clavado
En el pueblo? ¡Ah! perecieron
Nuestros valientes hermanos,
Y hemos de bajar nosotros
Al sepulcro sin vengarlos!
¡Nosotros los montañeses
De Delecarlia, que avaros
De libertad siempre fuimos
Azote de los tiranos!
Nosotros que en otro tiempo
A un Enrico destronamos...

Peter. ¡En otro tiempo! bien dices;
Pero tus antepasados
Tenian á un Engelbrecht,
Un valiente ciudadano,
Que los supo dirigir
A la victoria.

Jorge. ¿Y Gustavo
Ha muerto ya?

Peter. Y aunque viva,
¿Podrá ser tan insensato,
Que busque una muerte cierta?
Su cabeza han pregonado,
Y el que la presente al Rey
Se hará rico.

Enrique. Buen hallazgo (*mirando á Cárlos*)
Debe ser la tal cabeza.

Peter. No hablemos mas. Al trabajo
Cada cual, y tu Roberto
Ven conmigo.

Roberto. Señor, vamos.

Jorge. Hasta luego, camarada. (*á Cárlos.*)

Enrique. Pronto vuelvo. (*aparte á Cárlos.*)

Cárlos. Aqui te aguardo. (*id.*)

ESCENA IV.

CARLOS *permanece pensativo*, *é* ISABEL *sale de la cabaña.*

Isabel. Alli está Cárlos. ¡Gran Dios!
No sé lo que al verle siente
el alma mia. ¡Imprudente!

Si fuera amor.....

Cárlos. ¡Ah! ¿Sois vos? (*Volviendo de su distraccion.*)

Isabel. Tan distraido os encuentro,
que solo debo dejaros.

Cárlos. Por qué?

Isabel. Por no molestaros
otra vez me marcho dentro.

Cárlos. Aguardad, bella Isabel.
¿Cuándo molesta me ha sido
vuestra presencia?

Isabel. He creido,
que ora quizás.....

Cárlos. Sois cruel.
Sabiendo cuanto ambiciono
poder veros sin cesar
¿me quereis abandonar?

Isabel. ¿Sí? pues ya no os abandono.
Aunque me llameis curiosa,
que es cualidad de muger,
de vos quiero merecer
que me digais una cosa.

Cárlos. Decid cual és, y os prometo.....

Isabel. Cuando solo os hallé aqui,
que ideas.....

Cárlos. Nunca creí..... (*confuso*)
Perdonad; es un secreto.

Isabel. ¿Un secreto? Tambien yo
le sabré, Cárlos, guardar.

Cárlos. El no os puede interesar.

Isabel. Siendo vuestro, ¿por qué no?

Cárlos. Mucho temo os ofendais
si lo que pensaba os digo.

Isabel. ¿Ofenderme vos? ¡Mi amigo!

Cárlos. Tal vez.

Isabel. ¡Ah! No lo creais.

Cárlos. Tan amable y candorosa
os hizo, Isabel, el cielo
que sois de virtud modelo,
y sois en estremo hermosa.

Isabel. Lisonjero en demasía
estais hoy.

árlos. Nunca lo fuí.
Si no lo sintiera así,
mi labio no lo diria.

Isabel. Pero el secreto.....

Cárlos. Pensaba.....

(¿Qué diré?) En vuestra ternura.

Isabel. ¿En mi?

Cárlos. Os sorprende?

Isabel. (¡Oh! ¡ventura!
Me adora: no me engañaba.)

Cárlos. ¿Cómo no pensar en vos,
por cuyo fino cuidado
de morir me he libertado?

Isabel. No hableis mas de ello por Dios!
Hice entonces lo que hiciera
cualquier otra en mi lugar.
¿Viéndoos próximo á espirar
abandonaros debiera?
En este pais, estraño,
sin parientes, sin amigos,
¡Oh! los cielos son testigos
de que sentí vuestro daño.

Cárlos. Le sentísteis, es verdad;
pero el alma padecia,
y fué el salvarme á fé mia
estremada crueldad.
¡Ah! ¡Isabel!

Isabel. ¿Qué decis?

Cárlos. Soy tan desgraciado!

Isabel. ¿Es cierto?
Y no me habeis descubierto
el martirio que sentís.
Y se lo ocultais á quien
solo al veros pensativo,
aunque no sabe el motivo
¡sufre tanto!

Cárlos. ¿Vos tambien?

Isabel. ¿Juzgaisme acaso dichosa?

Carlos. ¿A vuestra felicidad
qué falta? Nada en verdad.
Sois jóven y sois hermosa:
Os aman con desvarío
vuestro padre, Petersón.....

Isabel. (Le ha nombrado! Celos son.
No hay duda, su amor es mio)

ESCENA V.

Los mismos y ENRIQUE.

Isabel. (Enrique! Qué impertinencia!
Es demasiado rigor
que al descubrirme su amor,
se lo estorbe su presencia.)
Enriq. Cárlos.
Cárlos. ¡Mi querido amigo!
Enriq. Tengo que hablarte. (*Bajo.*)
Cárlos. Isabel,
vuelvo al momento.
Isabel. ¡Cruel!
(¡Me deja!)
Enriq. Ven
Cárlos. Ya te sigo.

ESCENA VI.

ISABEL.

¡Se marchó! Pero me adora.
No puedo dudarlo yá.
Al fin sé realizará
mi ilusion encantadora.

ESCENA VII.

ISABEL *y* ROBERTO.

Roberto. Isabel! Isabel! (*dentro*)
Isabel. ¡Cielos!
¡Esa voz..... padre querido! (*Al ver á Roberto*)
¿Qué ocurre?
Roberto. Nada ha ocurrido,
disipa vanos recelos.
Vé á preparar tus trajes,
porque te vengo á anunciar
que hora acaban de llegar
tres ilustres personages.

Isabel. Personages?
Roberto. Si, muchacha.
Y es necesario que estés
mejor compuesta.
Isabel. ¿Y son tres?
Roberto. No pierdas tiempo. Despacha.
Isabel. ¿Y á dónde van?
Roberto. Dale. (*con impaciencia*)
Isabel. Pero.....
Quereis que me vista ahora?
Roberto. Sí, que viene una señora,
Y un gallardo caballero.
Ademas los acompaña
otro anciano. ¿A dónde ha ido
Cárlos?
Isabel. Ahora ha subido
con Enrique á la montaña.
¡Si supierais cual yo sé
cuanto os ama!
Roberto. ¿Mucho?
Isabel. ¡Oh! Sí.
Roberto. Nunca me lo ha dicho.
Isabel. A mí
sin cesar.
Roberto. ¡Ola! A tí, eh?
Le agradezco la fineza.
Isabel. ¿Y nada mas?
Roberto. Tambien yo
le pago.....
Isabel. No es eso, no.
Roberto. Te comprendo, buena pieza.
¿Os amais? Lo he adivinado.
Suya tú mano será,
y de una vez quedará
Petersón desengañado.
Isabel. ¡Padre mio! Soy dichosa.
Roberto. Ya llegan y todavia
estás ahí.
Isabel. ¡Qué manía!
Voy.....
Roberto. No es tiempo perezosa.

ESCENA VIII.

Los mismos, BLANCA, MAGNUS, *y el* ALMIRANTE *en trage de camino.*

Magn. Aquí descansar podemos,
hija querida, un instante.
¿Pensais lo mismo, Almirante?
Almir. Si Magnus, descansaremos.
Los caballos han traido
buen paso, y lo necesita
sin duda esta señorita
que fatigada ha venido.
Blanca. No mucho. Por mí, señores,
no os detengais.
Almir. ¿Por qué no?
(De este modo tal vez yo
descubra algunos traidores.)
De quién es esta cabaña? (*á Roberto.*)
Roberto. Vuestra y mia, caballeros.
Almir. ¿Y dónde están los mineros?
Roberto. Trabajando en la montaña.
Magn. ¿Y tu no trabajas?
Roberto. Yo
los dirijo.
Almir. Bien está.
Este hombre conocerá (*á Magnus.*)
á todos y....,
Magn. Entiendo.
Blanca. (¡Oh!)
Almir. Quisiera que á la montaña
nos guiases.
Roberto. Lo haré así.
Blanca. ¿Y yo?
Magn. Te quedas aquí.
Roberto. Y mi hija os acompaña.

ESCENA IX.

BLANCA *é* ISABEL.

Blanca. (Si algun noble desgraciado

se ocultára aquí..... Dios mio!
Que recuerdo tan sombrío
por mi mente ha resbalado!)
¿Eres del pais?

Isabel. En él
criada desque he nacido
jamás otro he conocido.

Blanca. ¿Y te llamas?

Isabel. Isabel.

Blanca. ¡Bonito nombre! Qué estraño
siendo tan hermoso el dueño!
¡Oh! Ese rostro halagüeño
causó mas de un desengaño.

Isabel. Me favoreceis, señora,
sin merecerlo.

Blanca. No tal.
Eres temible rival,
montañesa encantadora.
¿Quieres venir à Stokolmo?

Isabel. ¿Os burlais? ¡Una serrana
convertirse en cortesana!
Es pedir peras al olmo.

Blanca. Ven á la Corte y vestida
de ricas galas en ella,
apareciendo mas bella
serás tambien mas querida.
Quizá de algunos desvelos
fueras la causa.

Isabel. Yo?

Blanca. Sí.

Isabel. ¿Cómo?

Blanca. Inspirando allí
mucho amor, y muchos celos.

Isabel. No quiero tener amores
cortesanos.

Blanca. ¿Tal desden
te inspiran?

Isabel ¡Fingen tambien
una pasion los señores!
Además, ¿creeis pudiera
abandonar la montaña
y la pagiza cabaña
dó corrió mi edad primera?
¡Mi anciano padre! Tal vez
el dolor le mataría,
porque el pobre perdería

mi consuelo en su vejez.
Blanca. Y en tan triste soledad
nada te falta?
Isabel. No, nada.
Blanca. Ha tenido amor entrada
en tu pecho?
Isabel. Perdonad....
Blanca. Si te ofenden mis preguntas...
Isabel. Ah! No es tanto mi rigor.
Blanca. ¿Qué han de hablar sino es de amor
dos niñas estando juntas?
Vamos, dime con franqueza.
¿No has amado aun?
Isabel. Señora...
Blanca. ¿Ningun montañés adora
esa divina belleza?
No es posible. Algun minero
acaso...
Isabel. Teneis razon.
Este tierno corazon
late por un estrangero.
Blanca. Estrangero?
Isabel. Solamente
en él pienso noche y dia,
y á su lado el alma mia
no sé esplicar lo que siente.
Siente por la vez primera
que activo fuego la inflama,
al principio débil llama
despues devorante hoguera.
Que no se apaga jamas,
y apenas sus ojos veo
porque apagarla deseo
sin duda se enciende mas.
Si es amor muy mal me trata,
¿ó es un delito el querer?
¿Y sino como creer
me dé vida quien me mata?
Por él de todo me olvido,
pues al escuchar su acento
se aduerme mi pensamiento
de dulce placer henchido.
Blanca. No creí que en las montañas
se supiera amar.
Isabel. Es rey
amor é impera su ley

en palacios y en cabañas.

Blanca. Feliz tú, niña inocente,
que no has sentido el dolor
con que envenena al amor
la memoria de un ausente.
Feliz tú, tierna Isabel,
que amando con desvarío
puedes decir él es mio,
y no me aparto de él.

Isabel. Acaso vos...

Blanca. ¡Ah! Olvida
lo que he dicho. ¿Ese estrangero
te quiere tambien? Infiero
que serás correspondida.

Isabel. Me inspirais tal confianza
que nada os quiero ocultar.
Me acaba de declarar
su pasion y mi esperanza.
Mi padre cuyo interés
es mi dicha, ha consentido
en hacerle mi marido
aunque no sabe quien es.

Blanca. ¡Cómo! No sabe....

Isabel. Escuchad.
Un mes hace que ha llegado.

Blanca. (Si será algun desterrado!)

Isabel. Pero aquí viene, mirad.

ESCENA X.

Las mismas y CARLOS.

Cárlos. Mi palabra os he cumplido, *(Sin ver á Blanca.)*
he vuelto al punto.

Blanca. (¡Gran Dios!)

Carlos. (Qué veo!)

Blanca. (El es!) *(Reconociéndole)*

Cárlos. ¿Señora.... aquí vos? (*Con asombro y turbacion.*)

Blanca. (Si se descubre es perdido.)
No estraño que os sorprendais
al mirar por vez primera
que visita una estrangera
la cabaña que habitais.
Mi padre y un caballero

me acompañan, y han subido
á las minas. Habrán ido (*con intencion marcada.*)
en busca de algun minero.
¿Me comprendeis? Ademas
hemos venido escoltados,
por unos treinta soldados,
y aguardamos muchos mas.

Cárlos. Teneis razon en creer
que al veros me sorprendí.

Blanca. De vos hablamos. (*Con indiferencia.*)

Cárlos. ¿De mí?

Blanca. ¿Y esto os debe sorprender? (*Con malicía.*)
Isabel me ha declarado
que la amais, y os quiere mucho.

Isabel. Porque le decis.... (*á Blanca con rubor.*)

Cárlos. (¡Qué escucho!)

Blanca. Sereis dichoso á su lado.
Yo quiero ser la madrina
de la boda.

Cárlos. ¿Vos quereis?....

Blanca. Si á ello no os oponeis....

Isabel. ¡Ocurrencia peregrina!
¿Cómo oponernos, señora,
si en estremo nos honrais?

Cárlos Pero .. (*impaciente.*)

Blanca. ¿Tambien lo aprobais? (*con calma.*)

Isabel. Voy á dejaros ahora.

Blanca. ¿Te vas? (*Queriendo ocultar su alegria.*)

Isabel. Sí: prepararé
el almuerzo para vos.
Decidle en tanto por Dios, (*bajo à Blanca.*)
lo que le adoro.

Blanca. Lo haré. (*Isabel entra en la cabaña.*)

ESCENA XI.

BLANCA *y* CARLOS.

Carlos. ¿Es sueño, es ilusion de los sentidos
Lo que mis ojos ven en este instante?
¿Eres tú, no es verdad? Blanca! Bien mio!
¿No estrechas en los brazos á tu amante?

Blanca Apartad, caballero. (*Con dignidad.*)

Cárlos. Es desvarío
De mi exaltada mente? ¿Estoy despierto?

¡Ah! Sí, es realidad, hermosa mia!
¿Eres tú, eres tú? Díme que es cierto.
No te goces, cruel, en mi agonía!

Blanca. Quién, pérfido, creyera
cuando un amor eterno me jurabas
Que tu lábio mintiera!
Entonces en mi pecho derramabas
de la esperanza el mágico consuelo,
y el alma adormecida
soñó un hermoso cielo
dó era tu amor encanto de mi vida.
fugaz desapareció la ilusion bella
de mis ensueños de oro,
y huyó tambien con ella
del corazon el plácido sosiego.
Tú me lo arrebataste, ingrato, y hora
arde en tu pecho el fuego
de otro amor.

Cárlos. ¡Otro amor!

Blanca. Sí: todavía
lo que acabo de oir negar pudieras?
muy tarde ha conocido tu falsía
mi pobre corazon. ¡Ah! ¿Qué se hicieron
tus protestas de amor? Palabras eran
que en tu alma grabadas no estuvieron,
y el tiempo las borró de tu memoria.

Cárlos. Me ofendes sin razon.,. ¡Qué no te adoro!
Desecha esos temores,
y enjuga el tierno lloro
ángel encantador de mis amores.
¿Sospechas por ventura
que la ardiente pasion que has encendido
apague otra hermosura?

Blanca. No son vanos recelos
ni frívolas sospechas. Hora acabo
de apurar la honda copa de los celos.
Hora mismo Isabel, esa serrana
me reveló perjuro que la quieres.

Cárlos. ¡Ah! Sí: como á una hermana.
pero entre dos mugeres
no divido mi amor. El todo entero
te pertenece á tí.

Blanca. ¡Sera posible! (*Con alegria.*)

Carlos. No he mentido jamás. La pobre niña
inocente y sensible
creyó sin duda amor lo que era efecto

De tierna gratitud. En tu presencia
Mi lábio la dirá cuanto te adoro.

Blanca. ¡Qué intentas, desgraciado!
¿Pudieras cometer tal imprudencia?

Cárlos. Dices bien: un proscripto, un desterrado
por cuyo cuello ofrece montes de oro
el tirano de Suecia amar á la hija
de un noble Senador! ¡De un estrangero!
Es desacato atroz, es un delirio.
¡El pobre y miserable! ¡Ella opulenta!

Blanca. No aumentes mi martirio.

Carlos. ¿Y no podré jamás labar mi afrenta?
nunca en la sangre de Cristien impura
¡la muerte vengaré del padre mio!
¡Ah! ¡Sí, os vengaré, padre adorado!
vuestro hijo lo jura:
víctimas inocentes inmoladas
por el feroz Cristién sereis vengadas!

Blanca. ¡Me estremezco de horror! Y son tus planes. ...

Carlos. Morir ó libertar la patria mia
de hedionda esclavitud. Con ese intento
hui de Dinamarca dó queria
sacrificarme el déspota cruénto.
Mi primo Enrique Banner, encargado
de mi custodia, huyó tambien conmigo;
y al separarme entonces de tu lado
y abandonar la casa de mi amigo
dó vi por vez primera tu hermosura,
el alma apasionada
no sé lo que sintió, porque oprimida
del dolor de la ausencia malhadada
quedó, Blanca, sin vida.
A estos montes vinimos, y ocultando
mi nombre fui minero, sí, minero:
con mis manos cavé la dura tierra,
y hambre y sed padecí, siendo el prim ero
para todo.

Blanca. ¡Gran Dios! Pero mi padre
vendrá pronto y...

Cárlos. No temas. Este traje
que me cubre disipa las sospechas
que pueda concebir: nunca me ha visto.

Blanca. Y si otro personage
que le acompaña ....

Cárlos. ¿Quién?

Blanca. Un caballero

favorito del Rey. El Almirante.

Cárlos. Tampoco me conoce: aquí le espero.
Mas ¿adónde vais juntos?

Blanca. A Stokolmo.
Me hallaba con mi padre en Dinamarca,
y acompañarle quise apenas supe
la órden del monarca
para venir á Suecia. Yo quería
saber tu paradero, y en tu patria
me pareció mas fácil...

Cárlos. ¡Vida mia!
Feliz casualidad nos ha reunido.
¡Ah! Deja que este instante
olvide los tormentos que he sufrido,
y de amor delirante
Te estreche entre mis brazos, ¡Blanca hermosa!

Blanca. ¡Gustavo!

Cárlos. ¡Dulce encanto!

Blanca. En ellos soy dichosa.
(*Isabel aparece à la puerta de la cabaña*).
¡Isabel nos ha visto!

Cárlos. ¡Cielo santo!

ESCENA XII.

Los mismos é ISABEL.

Isabel. Perfectamente. Muy bien.
Os estoy agradecida
en estremo.

Blanca. (Soy perdida
si no sé fingir.) ¿A quién?

Isabel. A vos que sabeis por mí
tan vivo interés tomar,
que ocupásteis mi lugar
sin hacer yo falta aquí.

Blanca. Mayor agradecimiento
por lo que acabo de hacer
me mostrarás al saber....

Isabel. Ya lo sé, y harto lo siento.

Cárlos. (¿Qué irá á decir?)

Blanca. He salvado
á tu amante.

Isabel. ¡Santo Dios!
¿De qué?

Blanca. Le buscan los dos
que de mi se han separado.
Isabel. ¿Y el motivo?
Blanca. No es á él
precisamente.
Isabel. No entiendo...
Blanca. A un noble estuvo sirviendo
en Stokolmo, y á aquel....
Isabel. ¡Ah!
Blanca. Y como sabe ahora
donde se puede ocultar,
tal vez preso en su lugar...
Isabel. ¡Por Dios! ¡salvadle, señora!
Blanca. A mi aviso agradecido
me abrazó el pobre minero.
Isabel. Y yo que perdoneis quiero
la sospecha que he tenido.
Blanca. ¡Mi padre! (Ocúltate ya.)
(Viendo que bajan de la montaña Magnus, el Almirante y Roberto.)
Càrlos. No es tiempo.
Isabel. Temblando estoy.
Càrlos. (Nada temas, si me voy
infundo sospechas.) (*á* Blanca.)
Blanca. (¡Ah!)

ESCENA XIII.

Los mismos, MAGNUS, *el* ALMIRANTE, *y* ROBERTO *con una hacha, que coloca à un lado.*

Almir. Me parece, senador,
que nuestro plan se ha frustrado
sin poder á ese traidor
presentar al rey.
Blanca. Señor, (*A Magnus.*)
presto la vuelta habeis dado.
Magn. No hemos podido encontrar
lo que buscamos.
Almir. Es cierto.
Aunque caminó Roberto
por el monte sin cesar
nada en él ha descubierto.
¿Quién es aquel que está allí?
(*Señalando à Càrlos que permanece á cierta distancia.*)

Blanca. (¡Dios mio! Si hora le ven...)
Roberto. Es un minero tambien
que os será útil.
Almir. ¡Ah! ¿Si?
¿Sabe el pais?
Roberto. ¡Oh! muy bien.
Almir. Será entonces nuestro guia.
Blanca. (¡Cielos!)
Isabel. ¿Y á dónde, señor,
le llevareis?
Almir. No creia
que por ausentarse un dia
mostráras tanto dolor.
No temas, pronto á tu lado
volverá. Venid, minero.
Cárlos. ¿Qué pretende el caballero? (*Acercàndose con dignidad.*)
Almir. (Tal vez por este guiado
descubra su paradero.) (*A Magnus.*)
Los traidores que Cristién
mandó perseguir, quizás
en estos montes estén,
ó á lo menos uno.
Cárlos. ¿Quién?
Almir. El gefe de los demas,
Pues el rumor que corria
sobre su muerte no ha sido
cierto. Vive todavía
Gustavo Wasa.
Blanca. ¿Seria
posible? (*aparentando asombro.*)
Almir. El rey lo ha sabido.
Y segun ciertas noticias
se encuentra en este pais.
Blanca. (Temblando estoy.) ¿Qué decis? (*id.*)
Almir. ¿Recibirá el alma albricias
si le prendo? ¿No lo ois?
Blanca. Olvidad en este instante...
Almir. ¿Olvidarlo? ¡Ah! No; señora.
Vuestro padre está delante,
y me permite que ahora
os diga mi amor constante.
Cárlos. (¡Qué escucho!)
Blanca. (¡Cual se alteró!) (*mirando à Cárlos.*)
Almir. Perdonad si os he ofendido.
Como el rey ha prometido,

si prendo á Gustavo yo
hacerme vuestro marido;
al soñar en esa idea
es tanto el placer que siento,
que el alma en este momento
solo deciros desea
que os adora.

Cárlos. (¡Ah!)

Blanca. (¡Qué tormento!)

Almir. El rostro de ese traidor
grabado le tengo aquí, (*Señalando la frente.*)
pues aunque nunca le vi
hará sin duda el amor
que le conozca. ¡Oh! Si.
¿Como se ha de libertar
de caer entre mis manos,
si deben pronto llegar
mis valientes veteranos,
y do quier le han de buscar?

Cárlos. Mostrais tan vivo interés (*Con ironia.*)
en encontrar á ese Wasa,
que no dudo ...

Almir. Si asi es,
mi recompensa despues
te juro no tenga tasa.

Cárlos. Tambien será generosa (*id.*)
esta señorita.

Blanca. (¡Oh Dios!)

Cárlos. Como ha de ser vuestra esposa... (*id.*)

Blanca. Si á Wasa descubris vos, (*Con profunda intencion.*)
entonces me hareis dichosa.

Cárlos. ¡Yo delator! Caballero,
podeis buscar otro guia.

Almir. ¿Cómo?

Cárlos. Engañaros no quiero,
y si os guiára....

Almir. ¡Minero!

Cárlos. Sin duda os engañaria.

Almir. ¿Y te atreves à oponer
á mis mandatos?

Cárlos. Aquí
es igual nuestro poder,
pues ni vos mandais en mi.
ni yo os quiero obedecer.

Almir. ¿Sabes quién soy?

Cárlos. No lo ignoro.

un orgulloso estrangero,
un traidor que sin decoro
vino à mi patria el primero
à saciar su sed de oro.
Vino à robarla insolente
su libertad y su gloria,
y cuya odiosa memoria
maldecirá eternamente
en sus páginas la historia.
Sois Norbí: el Almirante,
y adulador del tirano,
que aqui solo es arrogante,
y en las lides el gigante
es un despreciable enano.

Almir. ¡Miserable! (*furioso empuñando la espada.*)
Roberto é *Isabel.* ¡Infeliz!
Blanca. (¡Ah!)
Magn. ¡Qué insolencia!
Almir. Mi venganza.... (*saca la espada, y se dirige contra Cárlos que se apodera del hacha, que trajo Roberto y le amenaza con ella.*)
Cárlos. Ven....
Blanca. (¡Cielos! ¡No hay esperanza!) (*viendo à los soldados del Almirante.*)

ESCENA XIV.

Los mismos, y varios soldados.

Almir. ¡Aqui mis soldados ya!
Prendedle.
(*Blanca colocándose entre los soldados y Cárlos, dice á este.*)
Huye sin tardanza.
(*Carlos entra precipitadamente en la cabaña cerrando tras sí la puerta.*)

ESCENA XV.

Los mismos menos CARLOS.

Almir. Arrojad la puerta al suelo.
Blanca. Deteneos.
(*A los soldados que obedecen la órden del Almirante.*

Isabel y Roberto ¡Por piedad!

Blanca. ¡Norbi!

Isabel y Roberto. Señor... (*á Magnus.*)

Magn. Apartad.

Almir. Seguid todos.

(*Entra con Magnus y los soldados en la cabaña, cuya puerta ha venido abajo.*)

Roberto é Isabel. ¡Justo cielo!

Blanca. ¡Salvadle Dios de bondad!

(*Con las manos elevadas al cielo.*)

FIN DE LA JORNADA PRIMERA.



JORNADA SEGUNDA.

Palacio de Magnus. Gabinete con tocador, y reloj encima de una mesa. En el fondo una puerta grande que conduce á un salon que se verá iluminado. Dos puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

BLANCA, *y su camarera ataviando à aquella en el espejo.*

Cam. Podeis, señorita,
entrar muy ufana
al salon del baile.
Blanca. ¿Del baile? *(Abatida.)*
Cam. ¿Os enfada?
Estais tan hermosa,
que las ricas galas,
el oro, y brillantes
no tanto resaltan
como los destellos
de vuestras miradas.
Sin duda esta noche
robais muchas almas,
No estraño que tengan

al ver tantas gracias
amor los galanes,
y celos las damas.

Blanca. ¡No piensa en placeres
la infelice Blanca!
Ojalá pudiera
huir de la sala
do el festin brillante
mi padre prepara.
Estos atavíos
con que me engalanas
en vez de ser gratos
¿me hastían y cansan.

Cam. ¿ Qué decís , señora ?

Blanca. ¡ Soy tan desgraciada !

Cam. En verdad no puedo
comprender la causa
de la honda tristeza,
que siempre pintada
miro en vuestro rostro.

Blanca. Son males del alma,
que solo comprende
aquella á quien matan.

Cam. ¡ Por Dios ! No esteis triste,
y enjugad las lágrimas.
Por ser vuestros dias,
un padre que os ama
con tierno delirio,
gran baile de màscaras
ordena esta noche ,
y en él nada falta.
La nobleza Sueca,
la de Dinamarca ,
el Rey en fin toda
la corte bizarra
se verá reunida
pronto en esa sala (*Señalando al salon iluminado.*)
y vos que debierais
alegraros.....

Blanca. Basta.
Mi padre se acerca.
retírate, Laura.

ESCENA II.

MAGNUS, y BLANCA

Magn. Vengo á saber, hija mia,
si pronto vas allá dentro,
mas ya vestida te encuentro,
y estás hermosa á fé mia.
Con las flores adornada
resalta mas tu belleza:
no cometas la simpleza
de ponerte colorada.
¿A qué viene ese rubor?
¿Acaso vergüenza inspira
un padre si á su hija mira
enagenado de amor?
Blanca. ¡Padre querido!
Magn. Eso si.
Porque tu sabes muy bien
que yo te quiero tambien,
y mucho mas que tú á mi.
Blanca. ¿Qué decis? Habeis dudado.....
Magn. De nada; pero sospecho
que alguna cosa tu pecho
agita. ¿Lo he adivinado?
Blanca. No creais.....
Magn. Yo nada creo,
señorita. ¿A qué negar
que hora acabas de llorar?
Blanca. ¿Yo señor?
Magn. ¿Pues no lo veo?
Húmedos están tus ojos
aún, y de palidez
cubierta ademas tu tez.
Blanca. Perdonad si os causo enojos.
Es cierto que hace un instante
sentí..... perono fué nada,
estoy yá masaliviada.
Magn. No lo rebela el semblante.
Desque á Suecia hemos venido
¿qué tienes, hija querida,
que estás triste y abatida
y tu salud has perdido?
El lance de aquel minero

tanto, Blanca, te alteró
por ser compasiva.....

Blanca. ¡Oh!
Era un pobre.

Magn. Fué un grosero.
Cara paga su insclencia
si le coge el Almirante,
pero bien supo el tunante
escapar de su presencia.
¡Y la maldita cabaña!
¿Quien entonces adivina
que hubiese en ella una mina
que guiase a la montaña?
Por ella logró escapar;
pero hablemos de otro asunto,
vamos, revélame al punto
la causa de tu pesar.
O no merezco de tí
que me digas...

Blanca. ¡Padre mio!
¿si os amo con desvarío
que mas exijís de mí?

Magn. Todo lo comprendo yá;
no me ocultes nada, ven.
¿Es el Almirante quién
causa tu pena quizá?
¿No le amas?

Blanca. ¡Ah! ¡Señor!

Magn. Sé franca.

Blanca. Pues lo quereis...

Magn, (¿Qué dirà?)

Blanca. No os enojeis.
Jamás me ha inspirado amor.

Magn. ¿Y si fuera tu marido
serás desgraciada?

Blanca. Es cierto.
El alma os he descubierto,
perdonad si os he ofendido.

Magn. ¡Ofenderme! No, ¡hija mía!
Hace tiempo sospechaba
que tu pecho no le amaba,
y á la verdad lo sentía.
Bien sabes que el Almirante
es el privado del Rey,
y que su capricho es ley
que se obedece al instante.

Por eso no me atreví
á negar tu mano yo
al Rey que me la pidio
para su amigo Norbí.
Pero no temas, quizá
quede su plan destruido.

Blanca. ¿Qué decis, padre querido?
No seré su esposa! ¡ Ah! (*Con alegría.*)

Magn. Si nos oyen... (*Observando.*)

Blanca. ¿Cómo? ¿Quién?

Magn. Escucha. La Dinamarca
tal vez tenga otro Monarca
muy pronto.

Blanca. Pero y Cristien?

Magn. Su bárbaro despotismo
no puede el pueblo sufrir,
y se trata de elegir...

Blanca. A su tio, el Duque?

Magn. El mismo.
Entonces volver podemos
á nuestra patria adorada
mientras la Succia entregada
á un tirano..... Mas callemos.
(*Al ver al Almirante.*)

ESCENA III.

Dichos y el ALMIRANTE.

Varias máscaras cruzan por el salon iluminado, y una de ellas permanece en el dintél de la puerta del fondo observando á los que están en la escena.

Almir. En el salon os espera
la nobleza reunida.

Magn. Vamos pues, hija querida.

Almir. Antes hablaros quisiera.
Teneis tiempo que aun no está
el Rey en el baile.

Magn. Bien.

Blanca. Y vuestra hija tambien
en él os aguardará.

Magn. Como gustes.

Blanca. Caballero.....
(*Al despedirse del Almirante, el mascara que la observa la ofrece el brazo, y ella le acepta*)

Almir. Si me permitis que yo
os acompañe.....
Blanca. Ya no.
Llegó el máscara primero.
(*Blanca, y el máscara se van al salon, y el Almirante lanza à aquel una mirada de enojo.*)

ESCENA IV.

MAGNUS, *y el* ALMIRANTE.

Magn. Solos estamos, podeis
esplicaros sin rodeos.
Almir. Así lo haré, senador.
Oidme.
Magn. Os escucho atento.
Almir. Hace un año me ofrecisteis
la mano de Blanca.
Magn. Es cierto.
Me la pidió para vos
el Rey Cristién.
Almir. Ya me acuerdo.
Magn. Y sin consultar entonces
con su voluntad.........
Almir. Entiendo.
Le disteis vuestra palabra
de efectuar al momento
la boda.
Magn. Teneis razon,
Almirante.
Almir. ¿Y si la tengo,
por qué tanto retardais
ese dia?
Magn. Mucho siento
no poder cumplir ahora
lo que prometi hace tiempo.
Almir. ¿Qué decís? ¿A su palabra
faltar puede un caballero?
Magn. Responded á una pregunta.
Si vos fuerais padre tierno
y adorando á vuestra hija,
viéseis que de un torpe yerro
cometido por no haber
consultado antes su pecho;

su vida y su porvenir
dependia, si pudiendo
deshacerle se labraba
su felicidad.....

Almir. Comprendo
lo que me vais á decir.

Magn. A su llanto y á sus ruegos,
¿pudiérais ser sordo acaso,
sacrificándola á un necio
capricho que honor se llama?
¡Ah! Responded y ponéos
en mi lugar, Almirante.

Almir. Con calma os estuve oyendo,
y la respuesta he de daros
si antes me dais un consejo.

Magn. ¿Un consejo? ¿Para qué?

Almir. Oid, y podreis saberlo.
Si amando à un Rey..... á Cristién;
supiérais vos los intentos
de algunos nobles señores
para arrebatarle el reino
de Dinamarca.....

Magn. (¡Dios mio!) (*Sorprendido.*)
¿Qué quereis decir? (*Aparentando serenidad.*)

Almir. Si entre ellos...
los traidores: se encontrara
alguno que amigo vuestro
hubiera sido algun dia,
hasta llegar á ofreceros
la mano de una hija suya,
y despues bajo el pretesto
de no labrar su desgracia,
faltase mal caballero
á sus promesas.....

Magn. ¿Hablais (*Turbado.*)
acaso por mi?

Almir. No creo (*Con calma.*)
que os haya nombrado aun,
escuchad y tal vez presto
podais salir de la duda:
¿Qué hariais, Magnus, teniendo
las pruebas de su traicion
en este papel? (*Le saca de un bolsillo.*)

Magn. ¡Qué veo!

Almir. No iriais para vengaros
á delatarle al momento

al Monarca, y que el traidor
en un cadalso su cuello
dando al hacha del verdugo,
á los demas de escarmiento
sirviera?

Magn. (¡Qué horror!) (*Aterrado.*)

Almir. ¿No es este,
por ventura el nombre vuestro?
(*Le muestra el papel.*)

Magn. ¡Mi nombre!.... Es verdad.

Almir. Ahora (*guardando el papel.*)
que me aconsejeis espero
lo que he de hacer.

Magn. He pensado.....

Almir. Decid.

Magn. Que seais mi yerno.

Almir. ¿Mudásteis de parecer?
En el alma os lo agradezco.
Mas no quisiera tampoco
que se esclavice en estremo
su voluntad.

Magn. (¡Qué malvado!)
No lo creais: mis consejos
y el amor que me profesa.....

Almir. La harán consentir, ¿no es eso?

Magn. Sin duda alguna. Además
yo la diré vuestro mérito (*con intencion.*)
y.....

Almir. Magnus, mucho me honrais,
tanto favor no merezco.

Magn. Es justicia; y no lisonja, (*id.*)
siempre digo lo que siento.
Y vos, ¿qué uso, Almirante,
pensais hacer del secreto
que en el papel se contiene?

Almir. ¡Oh! Guardarle hasta ser dueño
de vuestra hija.

Magn. ¿Y entonces?

Almir. Entonces ya no le quiero
para nada, y le daré.....

Magn. ¿Cómo? (*Sorprendido*)

Almir. A quien tenga en ello
un interés inmediato. (*Con malicia.*)
A vos, Magnus, por ejemplo.

Magn. Mi amigo sois y muy pronto (*le da la mano.*)
sereis mi hijo.

Almir. Os respeto
como tal desde este instante.
Voy á salir al encuentro
de nuestro Rey. Adios, Magnus.

Magn. En el salon nos veremos. (*Vase el Almirante*)
¡Sacrificar á mi hija!
¡Pobre Blanca! No hay remedio.

ESCENA V.

MAGNUS *y* SIVARD, *con trage de máscara.*

Siv. ¿Senador Magnus?

Magn. ¿Quién llama?

Siv. Quiero hablaros, deteneos.

Magn. Pero ¿cuál es vuestro nombre?

Siv. Soy Sivard, el mensagero
del duque.

Magn. ¿De Federico?
¡Qué decis! (*Asombrado*)

Siv. Mirad su sello. (*Le enseña un anillo.*)

Magn. ¡Gran Dios! Si nos sorprendieran.....
y el Rey que debe al momento
llegar! (*Despues de un momento de reflexion.*
Dentro de una hora
en este sitio os espero,
y con un disfraz igual
al que os cubre podré luego
hablaros.

Siv. ¿No faltareis
á la cita?

Magn. Os lo prometo.
Ahora por esa puerta
salid. Adios, caballero.

(*Sivard se va por la que conduce al salon, y Magnus por la de la izquierda.*)

ESCENA VI.

BLANCA, *con trage de màscara. Suena por intérvalos la música en el salon inmediato.*

Blanca. ¡Dios mio! ¿Qué agitacion
es esta de mis sentidos?

¿Qué rebelan los latidos
de mi pobre corazon?
El máscara que al salir
me dió el brazo. ... ¡qué tormento!
No quiso un solo momento
dejarme de perseguir.
Si iba á bailar con alguno
con los ojos me seguia,
y siempre á mi lado via
á ese máscara importuno.
Por evitar su presencia
me puse este trage, á ver
si hora tengo que temer
su continua impertinencia.
Ese baile, esa alegría,
y tan confuso sonido
de voces hieren mi oido,
y cansan al alma mia.
Aquí gozaré un momento
de descanso. (*Se sienta*) Dije mal
que es un recuerdo fatal
verdugo del pensamiento.
Recuerdo que es mi vivir,
y que girando en mi mente
emponzoña lo presente,
y emponzoña el porvenir.
¡Gustavo! ¡Mi dulce encanto!
¿Qué le queda á mi dolor?
Llorar tu perdido amor,
¡y por eso lloro tanto!
¡Pero ay! que el llanto no alcanza
lo que ambiciona el deseo,
y ya destruida veo
mi lisonjera esperanza.
Asi cual capullo tierno
que arrulla brisa temprana,
y apenas es flor lozana
la marchita helado invierno;
mi ilusion encantadora
fué capullo y luego flor,
que vi morir al rigor
de la fortuna traidora.

ESCENA VII.

BLANCA, *y* GUSTAVO *disfrazado de máscara.*

Blanca. ¡Pero qué veo! Hasta aquí
ese máscara atrevido
me persigue.
Gust. (Conseguí
encontrarla.)
Blanca. (¡Ay de mí!
Quizá no me ha conocido. (*Se pone la careta.*)
Voy á entrar en el salon
sin mirarle.)
Gust. ¿Dònde vais? (*Fingiendo la voz.*)
Blanca. ¿Máscara, con quién hablais?
Gust. Con vos.
Blanca. ¡Linda discrecion! (*Con tono de burla.*)
No soy yo la que buscais.
Gust. ¿Blanca Magnus, vuestro nombre
negar acaso podeis?
¿Decidme, no conoceis (*en voz baja.*)
á Gustavo Wasa?
Blanca. (¡Què hombre!) (*Asombrada.*)
¡Gran Dios! ¿Quién sois? ¿Qué quereis?
Gust. Hablaros solo un momento
sin testigos, y esta puerta....
(*Cerrando la del salon.*)
Blanca. ¡La cierra!
Gust. Como está abierta....
Blanca. (¡Ah! ¡Yo no sé lo que siento!)
Gust. Nada temais.
Blanca. (¡Estoy muerta!)
Pronto decid quien sois vos
que el nombre habeis pronunciado....
Gust. El que tienes á tu lado. (*Descubriéndose.*)
Blanca. ¡Gustavo! ¿Es sueño? ¡Gran Dios!
(*Arrojàndose en sus brazos.*)
¡A qué vienes, desgraciado!
Gust. ¿A que vengo? ¿Es Blanca quien
me lo pregunta? ¿Y me adora?
¡Ah! No.
Blanca. El labio deten:
¿y el llanto que vierto ahora?

Gust. Tus ojos mienten tambien.
Blanca. ¡Gustavo! ¡Por compasion!
No me mires con enojos.
Gust. ¡Ingrata! Fundados son
que tienes llanto en los ojos,
y olvido en el corazon.
Blanca. ¡Olvidarte! Por ventura
dudar pudiste algun dia
de mi fé cándida y pura,
y que borrára perjura.
tu imágen del alma mia?
Tu imágen que es la ilusion
que hasta en mis ensueños veo,
pues prisma de mi pasion
es lisonja del deseo,
y hoguera de el corazon
Yo que miro enagenada
cuando estás de mi amor lejos
á la luna plateada,
creyendo hallar tu mirada
en sus pálidos reflejos.
Y miro al alba que bella
asoma por el Oriente,
y á la matinal estrella
creyendo que dó nace ella
está mi adorado ausente.
¡Ah! La ausencia es el veneno
que á mi corazon devora,
y al verte, tanto te adora
que brotando de su seno
se convierte en llanto ahora.
Si con ciego desvarío
el alma te consagré,
¿ podrás dudar de mi fé?
Gust. Esa duda el pecho mio
ha desgarrado.
Blanca. ¿ Por que?
Gust. Cuando encontrarte creia
á dolor fiero entregada,
ricamente engalanada
te encuentro ¡quién lo diria!
para un festin preparada.
Mientras contó los instantes
palpitando el corazon
tu rodeada de amantes
bailabas en el salon

cubierta de oro y brillantes.
Allí estaba el desterrado
que solo, Blanca, por verte
De delirio enagenado
vino á buscar una muerte,
y otra halló que tu le has dado.
Si vivo sin esperanza
¿ qué me importa ya el vivir ?
¡ Y mi patria! ¡ Y la venganza !
Si mi brazo no la alcanza
entonces sabré morir.

Blanca. ¡ Insensato! ¿Todavia
abriga tu corazon
esos planes ?

Gust. Ellos son
los sueños del alma mia;
mi esperanza y mi ilusion.
¿ Pudiste acaso creér
que renunciára cobarde
á ese soñado placer ?

Blanca. Dudaba ya...

Gust. Nunca es tarde,
para morir ó vencer.

Blanca. Tiemblo al oirte.

Gust. Es verdad.
Pero no tiembla por mi
la que pronto de Norbí
siendo esposa...

Blanca. ¡ Por piedad !
¿ Yo su esposa ?

Gust. ¡ No lo oí !

Blanca. Es cierto; pero la union
que pretende el Almirante
repugna á mi corazon,
y mi padre en este instante
aprobó mi oposicion.

Gust. ¿ Será posible ? ¡ Ah ! Vén
á mis brazos.

Blanca. ¡ Dulce bien !
Me haces feliz. Dudarás
¿ de mi tierno amor ?

Gust. Jamás.

Blanca. Injusto fué tu desdén.
Pero huye, huye al momento
de este sitio.

Gust. Blanca mia !

No temas.

Blanca. Si alguno espía
tus pasos.... Mas... ruido siento. (*Se estremece.*)
(*Dan dos golpes en la puerta del salon que cerró Gustavo.*)
¿Quién será? ¡Fiera agonía!

Gust. Abre la puerta.

Blanca. ¿Y tú?

Gust. Yo
allí me retiraré. (*Señalando la puerta de la derecha.*)

Blanca. ¡Santo cielo! Y si te vé
el que llama?

Gust. Abre.

Blanca. ¡Oh!
El rostro recataré.
(*Ambos se cubren el rostro con la careta: Gustavo se retira á un lado, y* Blanca *abre la puerta del salon.*)

ESCENA VIII.

Los mismos, y el ALMIRANTE.

Almir. Perdon, máscara, te pido (*Sin ver à* Gustavo.)
por haberte incomodado.
¿Como el salon has dejado,
y aquí tan sola has venido?

Blanca. (Si le hablo soy perdida.)

Almir. ¿No me quieres responder?
O sorda debes de ser
ó muda pese á mi vida.
¿Es posible que tu acento
no me permitas oir?
(Blanca *le indica por señas que quiere marcharse.*)
¿Dices que te quieres ir?
¡Oh! Espérate un momento.

Blanca. (Fingiendo la voz, tal vez
no me conozca. Es preciso
que salga.

Almir. (Al fin hablar quiso.)
No muestres tanta esquivez.
Que à la belleza hermoséa.
la amabilidad. ¡Oh! Sí,
pues por lo que toca á tí

apuesto que no eres fea.
Géntil talle, lindo pié,
y una mano encantadora.

Blanca. (¡Imprudente!) *(Cubriéndola con el guante.)*

Almir. A buena hora
ocultas su nieve á fé.

Blanca. Dejádme pasar.

Almir. (¡Es ella!
Esa voz no me ha engañado.)

Blanca. ¿No me dejais?

Almir. He pensado
que tú debes ser muy bella,
y permitiré al instante
que te vayas al salon,
mas con una condicion.

Almir. ¿Cuál és?

Almir. Mostrar el semblante.

Blanca. Imposible.

Almir. Eres cruel.
Y no he de verle?

Blanca. (¡Ay de mí!)

Almir. ¿Por qué?

Gust. Porque estoy yo aquí *(Saliendo.)*
para estorbárselo á él.

Blanca. (¡Por mi causa le he perdido!)

Almir. ¡Miserable!

Gust. Huye.
(Colocándose entre Blanca y el Almirante.)

Blanca. ¡Gran Dios! *(Váse.)*

Alm. Estaban aquí los dos,
¡y ella escapar ha podido! *(Furioso.)*

ESCENA IX.

GUSTAVO *y* EL ALMIRANTE.

Almir. ¿Quién es el que osado
se opuso á mi intento?
Descubra ese rostro,
descúbrale presto.

Gust. Con calma, Almirante:
muy vivo es tu genio.
De un máscara quieres
exijir...

Almir. Lo ordeno.
Gust. ¿Lo ordenas? Me place.
¿Y con qué derecho?
Almir. Con el de la fuerza,
señor encubierto.
Gust. Permíte que dude
lo que no comprendo.
Almir. ¿Qué dices? Acaso...
Gust. Acaso no temo
la fuerza que quieres
emplear violento;
y á tales razones
jamás obedezco.
Almir. Si enciendes mi enojo
sabré en el momento
yo mismo arrancarte
el disfraz.
Gust. Mas quedo.
El buen Almirante
ha perdido el seso.
Almir. ¡Te burlas! *(Iirritado.)*
Gust. El lance
no és para menos.
Almir. ¡Miserable! Ahora
lo verás.
(Quiere descubrirle y Gustavo empuña la espada que trae debajo del disfraz.)
Gust. ¡Eh! Quieto,
ó envaino mi espada
en su aleve pecho.
Almir. ¡La espada debajo
del disfraz! Sospecho
que traicion infame
te guia.
Gust. Comprendo
tu intencion. Quisieras
con ese pretesto
que el rostro descubra
logrando tu objeto;
mas nó, te equivocas,
clarísimo ingenio.
Almir. Delante de toda
la Córte pretendo
descubrir quien eres.
Mi voz al momento
hará que á este sitio

acudan...
Gust. Y luego
delante de todos
los nobles del Reino,
apenas conozcan
que soy uno de ellos
les dirá mi lábio:
ved al estrangero
que henchido do orgullo
ostenta denuedo,
y tuvo cobarde
de un máscara miedo.
Almir. ¡No sé como sufro!.....
Gust. Diré mas: sintiendo
el pobre Almirante
ridículos celos,
al ver á una dama
pretendió altanero
descubrir su rostro.
Me opuse yo á ello,
porque amor la inspiro
y Norbí desprecio,
y entonces.....
Almir. ¡Qué has dicho!
¡Me desprecia! ¡Cielos!
¡La rabia me ahoga!
Gust. ¿No tienes acero?
Almir. Si aquí le tragese
te hubiera hace tiempo
la lengua arrancado.
Gust. ¿La lengua? ¡Oh! Lo creo: (*Con ironía.*)
Tu valor pregona
la fama y tus hechos
son tantos que nadie
recuerda uno de ellos.
Almir. ¡No mas! Tu osadía
castigar prometo.
Mi muerte ó la tuya.
¿Lo entiendes?
Gust. Lo entiendo
¿Y en dónde te aguardo?
Almir. Aquí mismo espero.
Si noble ha nacido
no falte del puesto.
Gust. ¡Cobarde quien ama!
Vaya sin recelo,

que si es Almirante
yo soy caballero.

ESCENA X.

GUSTAVO.

Al fin he triunfado;
si de él hoy me vengo
será al alma mia
mas grato el destierro. (*El reloj suena la una.*)
¡La una! Ya es tarde.
Si soy descubierto
infame verdugo
cortará mi cuello.
¡Qué idea!... ¡Dios mio!
La vida es lo menos;
¡pero ay! ¡y la patria!
¡Y mi padre! ¡Cielos!
Por vengar á ambos
de este sitio debo
huir: es preciso.
Y mal caballero
pudiera á la cita
faltar? ¡ Mas que veo!
(*Un màscara sale por la puerta de la izquierda, y se dirige hàcia Gustavo*)
A mi se dirige.
¿Qué puede ser esto?

ESCENA XI.

GUSTAVO, *y* MAGNUS *con trage de màscara.*

Magn. (Sivard.... el mismo Allí está.)
(*Observando á* Gustavo.)
Sois perdido si no huis
al instante.
Gust. ¿Qué decis?
No os conozco. (¿Quién será?)
Magn. Soy Magnus.
Gust. ¿Magnus? (Gran Dios!)
Magn. El mismo.

Gust. (Si habrá sabido
por Blanca.....)

(Se oye un confuso rumor, que parte del salon iluminado.)

Magn. ¿No habeis oido?
Gust. ¡Qué rumor!
Magn. Le causais vos.
Sabe el Rey vuestra llegada.
Gust. ¡Cielos!
Magn. Y os quiere prender.
Gust. Mas cómo pudo saber.....
Magn. Está la corte alterada.
Gust. Si he venido disfrazado
y entré de noche además.....
Magn. No importa, alguno quizás
os vió y os ha delatado.
Gust. (No hay duda mi nombre sabe,
Blanca se lo descubrió.)
Magn. Vengo á libertaros yo.
Gust. Vos, ¿cómo?
Magn. Con esta llave. *(Se la dá.)*
Con ella abrireis la puerta
de un jardin que fuera está
de Stokolmo, y no será
vuestra ruta descubierta.
Vamos, partid sin demora,
la noche es oscura.
Gust. Bien,
guiadme.
Magn. Tomad tambien
un salvo conducto ahora.
Con él podeis caminar
sin riesgo.
Gust. En el corazon,
Magnus, tan sublime accion
grabada siempre ha de estar.
(Magnus abre la puerta de la derecha, y acompaña á Gustavo.)

ESCENA XII.

SIVARD.

Aun no ha vuelto el senador,
y el rey sabe mi venida.

Para libertar la vida
huir será lo mejor.
(*Se vá por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA XIII.

BLANCA *sin el traje de máscara.*

¡Si estará aqui todavia! (*Buscando à* Gustavo,)
¡Santo cielo! ¿A dónde ha ido?
¡Gustavo! ¡Ah! Le ha perdido
para siempre el alma mia.
¿Dónde le podré encontrar?
Sin duda desafió
al Almirante; mas no
que á este en el baile vi entrar.
Y habló con el Rey que estaba
alterado; pero aqui
vuelve otra vez. ¡Ay de mí!
Tan pronto no le aguardaba.

ESCENA XIV.

BLANCA; *y el* ALMIRANTE, *con la espada ceñida.*

Almir. ¡Dónde se oculta, señora,
ese temido ribal!
(*Despues de haber registrado el gabinete y visto à Blanca.*)
Blanca. No entiendo...
Almir. Fingis muy mal. (*Con furor*).
Decidme, ¿do se halla ahora?
Blanca. ¿Que os lo diga yo? ¿De quién
hablais? ¿Que os ha sucedido?
Almir. ¿Por ventura habeis creido
engañarme hora tambien?
¿Donde está? ¿Teme cobarde
mi saña? Se oculta en vano,
que yo encontraré al villano
que de valor hizo alarde.
Tal vez ha huido. (*Le busca*).
Blanca. (¡Gran Dios!)
Almir. ¡Pero su nombre! ¡Su nombre! (*Con rabia*)

Blanca. ¿Qué decís?
Almlr. ¿Quién es ese hombre,
que se hallaba aqui con vos?
Blanca. ¡Conmigo!
Almir. ¿Lo negareis?
Blanca. Reportaos, Almirante.
Almir. El es, él es vuestro amante,
y sin duda le escondeis.

ESCENA XV.

Los mismos, y CRISTIEN *nobles, máscaras y guardias.*

Blanca. (¡El rey!)
Almir. Señor....
Crist. Te buscaban.
He descubierto, Almirante
una traicion.
Blanca. (¡Santo cielo!)
Almir. ¿Vuestra Magestad?
Crist. Si; nadie
ha de salir del palacio
de Magnus.
Almir. Pero que planes.....
Crist. Esta carta los rebela. (*Se la muestra.*)
Mi tio para quitarme
el cetro de Dinamarca,
á uno de sus parciales
hizo venir á mi córte,
para qne con otros frague
la conspiracion.
Blanca. ¡Dios mio!
En donde estará mi padre!)
Crist. El enviádo del Duque
sé que se encuentra en el baile.
Todos. !En el baile!
Crist. Si: la carta,
me lo avisa. Con el trage
de máscaras disfrazado
aqui débe prepararse
la trama infernal.
Almir. Que oigo!
El máscara.... no me cabe

duda.

Crist. ¿Qué dices?

Almir. Conozco.....

Crist. ¿A quién?

Almir. Al traidor infame
agente del duque.

Crist. ¡Oh! ¡Dicha!
Nómbrale pronto, y su sangre
haré que al punto el verdugo
en un cadalso derrame.
El, y todos los traidores
han de morir al instante.
¿Quién es? Dí.

Almir. Sin duda ha huido;
pero aquella puerta se abre.
y un máscara..,.

(*Magnus sale por la misma puerta que abrió al partir con Gustavo.*)

ESCENA XV.

Los mismos, y MAGNUS.

Blanca. (¡Desgraciado!)

Magn. (Ya está en salvo.) (*Sin ver á los que le rodean.*)

Almir. El es; miradle. (*A Cristien.*)

Blanca. (¡Yo tiemblo!)

Crist. Traidor, descubre
ese rostro.

Magn. Yo!...... (¡Amparadme (*Petrificado*)
cielos!) Señor..... (*Descubriéndose.*)

Crist. Que estoy viendo!
(*Movimiento de sorpresa general.*)

Almir. ¡Es Magnus!

Blanca. ¡Gran Dios! ¡Mi padre!

Crist. Ciertas fueron las sospechas
de tu traicion, miserable!

Magn. ¡Señor! Oidme

Crist. ¡Eh! Prendedle,
(*Rechazándole de si, y dirigiéndose á los guardias.*)
y mañana muerte infame
le espera.

(Cristien *se retira seguido de los nobles, y los guardias se apoderan de Magnus*).

4

Magn. ¡Que horror!
Blanca. ¡Dios mio!
(*Despues de abrazar á Magnus, y dirigiéndose al Almirante que vá á reunirse con Cristien.*)
Salvadle, señor, salvadle!
Almir. ¿Sereis mia? (*Bajo à Blanca*)
Blanca. ¡Oh! Lo juro. (*Pausa.*)
Almir. Pues no morirá.
Magn. ¡Almirante!
(*Habiendo oido el último verso y al llevàrsele los guardias.*)
Blanca. ¡Perdon Gustavo! ¡Te ofendo
para salvar á mi padre!

FIN DE LA JORNADA SEGUNDA.

JORNADA TERCERA.

La misma decoracion que en la primera. Las montañas se ven cubiertas de nieve.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL *y* ROBERTO *salen de su cabaña.*

Isabel. ¡Cuánta nieve! Ved cual cubre
las montañas.
Roberto. Ya la he visto.
Compadezco al desgraciado
que en ellas se haya perdido
esta noche.
Isabel. ¡Oh! No hay duda
que de compasion es digno.
Si el pobre Cárlos.....
Roberto. ¡Eh! Siempre
pensando en tus amoríos.
¿Si nos amara, pudiera
ingrato á nuestro cariño
habernos abandonado?
Bien paga los beneficios
que le hice. Lo merezco
por complacer los caprichos
de una niña. ¿Y tu creías

que iba á ser tu esposo? ¡Lindo!
Ya ves que te has engañado.
A la verdad no me admiro,
porque en materia de amores
sucede á muchas lo mismo.

Isabel. Sois quizá sobrado injusto
con él.

Roberto. Cuando yo te digo
qe uno te ama.....

Isabel. ¿Y qué pruebas
teneis?

Roberto. ¿Sabes dónde ha ido?
¿Te lo ha descubierto acaso?
En fin, tengo mis motivos
para pensar de este modo;
pero nada se ha perdido,
Petersón será tu esposo.

Isabel. ¡Ah! ¿Petersón? ¿Qué habeis dícho? *(Afligída.)*

Roberto. Conozco que te conviene
este enlace. Un hombre rico,
respetado en el pais,
y que te ama con delirio
¿no es eleccion acertada?
El otro, un desconocido
sin parientes, sin dinero,
esto es, sin un amigo,
porque amistad y riquezas
van juntas en este siglo,
¿qué porvenir te prepara?

Isabel. ¿Y por qué, padre querido,
mudásteis de parecer
tan pronto?

Roberto. No necesito
darte mas esplicaciones.
Tu padre soy, y confío
en tu obediencia: aqui viene (*Mirando hacia dentro.*)
Petersón.

Isabel. El es. (¡Diós mio!) (*Id.*)

Roberto. Vamos, Isabel, ahora
mostrarte amable es preciso,
y para que mi presencia
no lo estorbe me retiro. (*Entra en la cabaña.*)

ESCENA II.

ISABEL. *y* PETERSON.

Peter. Feliz quien mira un momento
los soles de vuestros ojos,
si deponen los enojos
que son del alma el tormento.
Y pues yo los miro ahora
aunque airados, Isabel.....
Isabel. ¿Sois dichoso? (*Con malicia*).
Peter. Y vos cruél
con quien mas fino os adora.
Isabel. Nunca lo fui, Petersón.
Peter. ¿Hablais de veras?
Isabel. Si tal.
No halaga el ageno mal
á mi tierno corazon.
Peter. Yo lo contrario creí,
perdonadme si os ofendo.
Isabel. A la verdad no comprendo
por que me juzgais asi.
Peter. Tengo pruebas.
Isabel. ¿Vos de qué?
Peter. En vano disimulais.
Isabel. No, que ignoro.....
Peter. ¿Lo ignorais?
Pues oid, y os las diré.
Hace un año, antes que fuera
á Stokolmo, imaginaba
que una persona me amaba
con fé constante y sincera.
De su dulce lábio oia
tantas protestas de amor,
que acento tan seductor
no creí me engañaría.
Era una niña inocente,
tal al menos la juzgué,
y no niego que la amé,
porque mi lábio no miente.
Pedí á su padre la mano
de la que adoraba ciego,
y ví que mi amante ruego
complació mucho al anciano.

Tuve entonces que partir
á Stokolmo, y al volver...
pero vos debeis saber
cuanto os pudiera decir.

Isabel. Lo adivino: de inconstante
quereis sin duda acusar
á la que pudo olvidar
á su mas rendido amante?
Teneis sobrada razon;
mas no os debe sorprender
sabiendo que es la muger
de mudable condicion.
Hay veces que amar soñamos,
y hay otras que lo decimos;
pero pocas lo sentimos,
aunque muchas lo juramos.
Y el que un año de su amada
vive ausente, ¿acaso espera
que esté cual la vez primera
tan tierna y apasionada?

Peter. Luego no negais...

Isabel. Que obré
como muger, eso sí:
Os amaba mientra os ví,
os fuisteis y os olvidé.
No ha sido la culpa mia.

Peter. ¿Pues de quién?

Isabel. ¿Lo habeis dudado?
Si aquí os hubiérais quedado
aun tal vez os amaría.

Peter. ¡Ah! ¿Qué decis?

Isabel. La verdad.
Nunca mi lábio ha mentido.

Peter. ¡Y pudo un desconocido
robarme vuestra beldad?
¡Un miserable estrangero!

Isabel. Reportáos, Peterson,
que hableis asi no es razon,
sabiendo cuanto le quiero.

Peter. ¿Vos le quereis todavía?

Isabel. ¿Por qué no?

Peter. ¡Mi ribal él!
Si hora le viera, Isabel,
el alma le arrancaria.

ESCENA III.

LOS MISMOS, y GUSTAVO *con trage de montañeses.*

Isabel. ¡Cielos! ¿ No es Cárlos ? (*Al verle.*)
Peter. (¡Gran Dios! (*Turbado.*)
Gust. El mismo. ¿ Os ha sorprendido
mi venida?
Peter. (Si me ha oido...)
Isabel. Estaba pensando en vos.
Peter. Y yo tambien.
Isabel. Es muy cierto.
¡ Tanto le quereis ! (*Con intencion.*)
Peter. ¡Oh! Sí:
le quiero desque le ví,
y yá le lloraba muerto.
Isabel. Es verdad, en este instante
recuerdo que lo habeis dicho.
(¡Qué falso!)
Peter. No es un capricho
simpatizamos bastante.
Gust. Lo agradezco, y si algun dia,
puedo serviros, creed
que recibirá merced
en hacerlo, el alma mia.
¿ Y Roberto dónde está?
Isabel. ¿Mi padre? A llamarle voy.
Mucho ha de alegrarse hoy
al veros. (¿Quién sabe? ¡Ah!) (*Con sentimiento.*)
Gust. No le llameis, antes quiero
hablar á Enrique: aquel es.
(*Enrique aparece en la montaña.*)
Isabel. Petersón hasta despues,
En la cabaña os espero. (*Bajo á Gustavo.*)
Peter. (Algun secreto hay aquí.
¿Qué tienen los dos que hablar?
Si yo pudiera escuchar....
¡Oh! Es fàcil desde allí.
(*Se coloca detras de la cabaña sin verle Gustavo.*)

ESCENA IV.

GUSTAVO *y* ENRIQUE.

Gust. ¡ Enrique ! (*Corriendo à sus brazos.*)

Enriq. ¡Gran Dios! ¡Qué veo!
¡Querido amigo! ¡Gustavo!
¿Despues de tan larga ausencia
al fin te estrecho en mis brazos?
¿De dónde vienes? ¿Qué riesgos
has corrido separado
de tú Enrique?

Gust. ¡Amigo mio!
¡Lejos de ti sufrí tanto!
Pero he visto al ángel bello
de mis ensueños dorados,
la que hace grata la vida
del infeliz desterrado.
¡Qué hermosa estaba!

Enriq. ¿Qué dices?
¿Otra vez pudiste acaso
ver á Blanca?

Gust. Si.

Enriq. ¿Y dónde?

Gust. En Stokolmo.

Enriq. ¡Insensato!
¿En la corte penetraste?
¡Cómo hiciste, temerario!

Gust. ¡Ah! Por mirarla un momento
mil vidas hubiera dado.
Apenas llegué á Stokolmo
pude saber, que el anciano
senador Magnus, su padre
preparaba en su palacio
un festin para obsequiar
al déspota y sus esclavos;
y tal confusion reinaba,
que yo entonces disfrazado
de máscara entré con ellos;
cuando estemos mas despacio
todo lo sabrás. Ahora
dime, ¿qué has adelantado
en nuestro plan?

Enriq. Te aguardaba
para que juntos podamos
ponerle en ejecucion:
Todo se halla preparado
al efecto; los mineros
de esta comarca inflamados
por el amor á su patria,
solo esperan que Gustavo

al combate los dirija.

Gust. ¡Al fin, Enrique, ha llegado
el dia de la venganza!
Yo tambien he penetrado
en las minas mas profundas,
y al montañés recordando
las glorias de sus mayores,
en su alma el entusiasmo
despertó, y anhelan todos
sacudir un yugo estraño.
A esta cabaña muy pronto
llegarán, y es necesario
que convoques á los tuyos
tambien á este sitio.

Enriq. Vamos.

Gust. Te espero alli. Cuando todos
(*Señalando la cabaña.*)
se reunan.....

Enriq. Yo me encargo
de avisarte.

Gust. Adios, Enrique.
(*Vuelven á abrazarse, y Enrique sube à la montaña.*)
¡Oh! ¡Padre! Sereis vengado,
y á ti tambien patria mia
libertaré de un tirano! (*Entra en la cabaña.*)

ESCENA V.

PETERSON.

¡Ola! ¿Son nobles? Me alegro.
¡Vive Dios, señor Gustavo,
que sabré vengarme ahora
de los celos que me has dado!
(*Vàse por la derecha, y por la izquierda sale Magnus.*)

ESCENA VI.

MAGNUS.

Esta es la cabaña. En ella
con Blanca estuve: ¡hija mia!
Entonces yo no creia
se oscureciese mi estrella.

Del viage estoy tan rendido
que quisiera descansar;
pero no me atrevo á entrar
temiendo ser conocido.
Si al déspota que desea
mi muerte, fuera entregado.....
un suplicio... ¡desgraciado!
¡Ah! Me horroriza esta idea.
En aquel banco podré
recostarme y al momento
seguir mi viage. Me siento
pues nadie ahora me vé.

ESCENA VII.

ISABEL *y* MAGNUS.

Isabel. Qué desengaño, ¡Dios mio!
(Sin ver á Magnus que permanece recostado en el banco de piedra.)
Mi padre tiene razon.
El me olvida, y Petersón
me quiere con desvarío.
Pero un hombre.., ¿quién será? *(Vé á Magnus.)*
Sin duda algun estrangero.
¡Y el trage es de caballero! *(Acercàndose.)*

Magn. (No puedo ocultarme ya.
¡Me ha visto! ¡suerte maldita!) *(Se levanta.)*

Isabel. (Me parece conocer...) *(Miràndole atentamente.)*

Magn. (La montañesa ha de ser
que en esa cabaña habita:
¿Qué temo? La voy á hablar.

Isabel. (Se acerca. ¿Qué irá á decir?)

Magn. Tan solo os vengo á pedir
me permitais descansar.

Isabel. Nunca mi padre al viagero
la hospitalidad negó;
mucho menos cuando yo
os conozco, caballero.

Magn. (Me conoce,) ¿Qué decís?

Isabel. ¿Os sorprende?

Magn. Si, pardiez.

Isabel. Pues no es la primera vez
que á esta cabaña venis.

Magn. ¿Cómo? (*aparentando distraccion.*)
Isabel. ¿Os habeis olvidado
por ventura de aquel dia
en que buscabais un guia
por prender à un desgraciado?
Magn. Es verdad. Entonces era
feliz, y no imaginaba
que la dicha que soñaba
hoy conmigo ingrata fuera.
Isabel. Acaso os abandonó
la fortuna?
Magn. Fué traidora.
Isabel. ¡Ah! Plegue al cielo que ahora
os pueda ser útil yo.
Estoy tan agradecida
á vuestra hija....
Magn. ¡Qué escucho!
Pues si la quereis...
Isabel. ¡Oh! Mucho.
Magn. Salvad al padre la vida.
Isabel. ¡Dios mio! ¿Por qué temeis?
Magn. De la prision dó sumido
estaba, solo he podido
escapar como me veis.
Debe infundir este trage
sospechas, y ruego á vos
que me deis otro por Dios!
para continuar mi viage.
Isabel. ¡Desgraciado! os le dará
mi padre, venid conmigo!
Magn. ¿No hay nadie? (*Señalando la cabaña.*)
Isabel. Solo un amigo
que ahora, durmiendo estará.
Magn. Pues si acaso me ve...
Isabel. No temais. Recuerdo ahora
que de la amable señora
vuestra hija me olvidé.
Grande será su tormento.
Magn. A Dinamarca partiò
con mis parientes, y yo
reunirme con ella intento.
Isabel. Entrad, y el cielo propicio
reuna pronto á los dos.
Magn. Y pague tambien á vos
tan genoroso servicio. (*Entran en la cabaña.*)

ESCENA VIII.

JORGE, JACOBO, *y varios mineros descienden de la montaña.*

Jorge. Aquí nos ha dicho Enrique
le esperemos, camaradás.
Jacobo. ¿Tardará mucho?
Jorge. No, pronto
venir debe á la cabaña
de Roberto.
Jacobo. En ese caso
entremos en ella.
Jorge. Aguarda.
Conviene no abandonar
este sitio.
Jacobo. ¿Porque causa?
Jorge. Bien sabeis que en Hemodora,
que es la villa mas cercana
hay guarnicion, y es preciso
contra cualquier emboscada
estar alerta.
Un min. Bien dice.
Jorge. Nuestros compañeros de armas
los que habitan en el valle
de Gevál y sus montañas
deben llegar al momento,
segun Enrique me acaba
de decir.
Un min. ¿Y cuándo viene
el gefe?
Jorge. ¿Quién?
Un min. Ese Wasa,
ó Gustavo, ó como quiera
que se llame.
Jorge. Tened calma.
Enrique me ha prometido
que antes de una hora sin falta,
entre nosotros veremos
á ese héroe.
Jacobo. Si él nos manda
es segura la victoria.
Jorge. Su valor en las batallas

conoce todo la Suecia,
y cuando sepa que trata
del yugo de un estrangero
usurpador libertarla,
todo el que sienta en sus venas
hervir sangre, sangre avara
de libertad y de gloria,
¿podrá ver con fria calma,
sin lanzarse á la pelea
la esclavitud de su patria?
¿Pudiera ser algun Sueco
capaz de tan torpe infamia?

Jacobo. No, ninguno. Todos ellos
acudirán á las armas,
y arrojaremos del trono
á ese tirano Monarca.

Jorge. Venceremos, porque es justa
de la libertad la causa,
y Dios defiende á los pueblos
que lidian por conquistarla.

ESCENA IX.

Los mismos, MAGNUS *disfrazado de montañés y* ROBERTO.

Magn. Gracias anciano. ¡Qué veo!
(*Viendo à los mineros.*)

Roberto. (Por estos no temais nada. (*Bajo á Magnus*)
Son mineros.. .) ¡Ola, Jorge!
¿Qué haceis aquí camaradas?
¿Esperais á Petersón?

Jorge. ¿A Petersón? ¡Buena alhaja!
No, necesitamos ver
á semejante canalla.

Roberto. Como te atreves á hablar
así de quien.....

Jorge. No nos paga.
¿Es esto amigo Roberto
lo que ibas à decir? ¡Calla!
(*Observando á Magnus.*)
¿Quién es ese? (*Bajo á Roberto.*)

Magn. (Ya me observan.)

Roberto. ¿Cuál Hombre?

Jorge. El que te acompaña.

Roberto. Eres curioso á fé mia.
Jorge. No lo soy, las circunstancias
obligan á veces..... vamos
dime quien és.
Magn. (De mi hablan.)
Roberto. Voy á complacerte, Jorge;
aunque á la verdad me enfada
que quieras saberlo todo.
Es un montañés que acaba
de llegar.
Jorge. ¡Cómo! ¿Ahora mismo?
Roberto. Sí, por cierto. ¿No reparas
que está cansado?
Jorge. Sin duda.
Y si el trage no me engaña,
me parace que ha de ser
del valle de Geval.
Roberto, (Gracias.
Es el mio, y....
Jorge. Dime, ¿viene
de aquel valle?
Roberto. (¡Qué machaca!)
Creo que sí.
Jorge. ¡Compañero!
(*Dirigiéndose à Magnus.*)
Venga esa mano.
Magn. Tomadla.
Jorge. Al momento he sospechado
que eras de los nuestros.
Roberto. ¡Vaya! (*Con intencion.*)
Tienes un talento.....
Jorge. ¿Y cuàndo
vienen los otros? Ya tardan (*A Magnus*)
mucho.
Magn. ¡Es verdad! (Yo respondo
y no entiendo una palabra.)
Jorge. Tambien tarda demasiado
el gefe Gustavo Wasa.
Magn. (¡Gran Dios! De conspiradores
estoy rodeado.)
Jorge. Saca (*A Roberto.*)
cerveza para la gente
que viene á honrar tu cabaña.
Debes una vez al menos
ser generoso.
Roberto. (Mal haya.

esa lengua.)

Jorge. ¿Qué murmuras
entre dientes? ¿No te agrada
la idea?

Roberto. (Si no les saco
cerveza, van á pegarla
conmigo.) Ya voy por ella.

Varios mineros. ¡Viva Roberto!

Roberto. Mil gracias. (*Con ironía entrando en la cabaña.*)

ESCENA X.

Los mismos menos ROBERTO, ENRIQUE *y varios montañeses se distinguen a lo lejos.*

Jorge. ¡Ea! Alegrarse muchachos.
Desterrad de vuestras almas
la tristeza, que ya vienen
si la vista no me engaña
los del valle de Gevál.

Min. Es cierto, por allí bajan.

Magn. (En vano intento escaparme.)

Jacobo. Y Enrique los acompaña.

Jorge. ¡Vivan los de Gevál!

Mineros. Vivan.

(*Al bajar de la montaña Enrique, y los suyos.*)

Enriq. He cumplido mi palabra.
No direis que os he engañado.

Jorge. Tienes razon. Ahora falta
que nos presentes al gefe.

Enriq. Pronto le vereis (*Entra en la cabaña.*)

ESCENA XI.

JORGE, JACOBO, *mineros, montañeses*, ROBERTO, *é* ISABEL *que trae un jarro de cerbeza, y unos vasos.*

Roberto. Dales de beber.

Jorge. Bien, hombre.
(*Dándole una palmada en el hombro*).
Te has portado con bizarra
generosidad. ¿Tu hija
es tan amable que trata

de servirnos la cerbeza?

Isabel. Como mi padre lo manda..... (*Les echa de beber.*)

Jorge. Es decir que no lo haces
con gusto?

Isabel. No digo nada.

Jorge. No lo estraño. Si estubiera
Cárlos por aqui..... ¡Buen maula!
Se marchó sin que sepamos
donde, ni como....

Isabel. Despacha.

Jorge. A la salud de las bellas; (*Brinda.*)
mas no, primero es la patria.
A la libertad de Suecia. (*Beben.*)
¿No bebes tú, camarada? (*Observando que no tiene baso* Magnus).

Isabel. Su camarada ha llamado
á un senador!

Magn. (¡Ah!) (*Petrificado.*)

Roberto. ¡Qué hablas! (*A Isabel.*)

Todos. ¡Es senador! (*Rodean á Magnus.*)

Magn. (¡Soy perdido!)

Isabel. (¡Maldita lengua!)

Roberto. ¿Qué acabas
de decir? (*A Isabel*).

Jorge. ¿No es de Gevál? (*A un Montañes señalando á Magnus.*)

Mont. Aunque conozco esa cara
no es allí donde la he visto.
No ha mentido la muchacha;
es extrangero.

Magn. (¡Dios mio!

Jorge. Un Dinamarqués se halla
entre nosotros!

Mineros. Que muera.

Magn. Compadeced la desgracia.
Yo tambien soy perseguido
por la crueldad del Monarca
á quien odiais.

Jorge. Aunque sabes
fingir bien, no nos engañas.
Un lobo no muerde à otro,
pues solo ceba sus garras
Cristién en el pobre pueblo
de estrangera aristocracia
vil juguete, y que hoy hollado
se vé por sus torpes plantas.

Nosotros somos del pueblo
á quien traidores ultrajan
por no hervir en nuestras venas
sangre que á la suya iguala.
Es verdad, no son iguales:
que ellos cobardes la guardan,
y nosotros la vertemos
en defensa de la patria.

Un Minero. Muera el Dinamarqués.

Todos. Muera.

Magn. ¡Por piedad! Yo vuestra causa
quiero defender.

Jorge. ¿Qué has dicho?
Para defenderla basta
nuestro valor. No queremos
que enemigos de la patria,
extrangeros que han venido
otro tiempo á esclavizarla
hora la liberten.

Mineros Muera.

(*Al tiempo de sacar los puñales los Mineros y de dirigirlos contra Magnus, sale Enrique.*)

Enriq. Mirad á Gustavo Wasa.

ESCENA XII.

Los mismos, GUSTAVO *de grande uniforme*, *y* ENRIQUE.

Todos. ¡Gustavo Wasa! (*Al verle dejan á Magnus.*)

Roberto é Isabel. ¡Es Cárlos! (*Asombrados.*)

Gust. ¡Montañeses!
Gustavo soy: el mismo que en las minas
trabajó con vosotros: Fui minero
bien lo sabeis: el trage que me cubre
guardó Enrique mi amigo y compañero
al llegar á estas rústicas montañas.
El rebela mi nombre que harto tiempo
ignorado vivió. Si sois valientes
y os inspiran los déspotas encono,
de estas rocas saliendo cual torrentes
que los diques destruyen, de su trono
arrojemos al bárbaro asesino
de nuestra libertad. Con la tardanza

el peligro se aumenta,
y si quereis vengaros....

Mineros. ¡Si, venganza!

Gust. ¡No mas esclavitud, no mas afrenta!
La Suecia que otro tiempo independiente
respetada se vió del orbe entero,
hoy de extrangera gente
cobarde sufre el despotismo fiero.
¿Dónde está el esplendor, dónde la gloria
que hubo de sus mayores heredado?
Tal vez muy pronto se verá en la historia
hasta su nombre de Nacion borrado.
¿Legaremos acaso á nuestros hijos
eterno deshonor, eterna infamia
para escuchar desde la tumba fria
la justa maldicion de nuestro nombre
por sufrir tan impura tiranía
y envilecer la dignidad del hombre?
¡Lo podeis consentir, Suecos valientes!
En vuestros rostros veo
la indignacion pintada al recordaros
los males de la patria; en ellos léo
tambien el entusiasmo que os anima.

Jorge. No os engañais, Señor. Los montañeses
anhelan el combate, y no abandonan
à sus gefes jamás: no les arredran
los riesgos ni el morir, solo ambicionan
á la patria salvar cuando los llama,
para que un dia poderosa y libre
de Nacion en Nacion vuele su fama.
Entre nosotros se halla un estrangero:
miradle aquí Señor; sin duda espia
del tirano será.

Magn. (Sonó la hora
de mi muerte. ¡Gran Dios! ¡Pobre hija mia!)
Vuestra piedad un desgraciado implora.
(*A Gustavo.*)

Gust. Ese rostro... ¡que miro! ¿Y vuestro nombre?

Magn. Jamás le negué yo. Magnus me llamo.

Gust. ¿Magnus sois vos? ¡Ah! El cielo quiere
que pueda pagar hoy el beneficio
que otro tiempo me hicisteis. Sí, mineros!
Magnus me ha libertado del suplicio.
En Stokolmo le debí la vida,
pues sabiendo Cristién que me encontraba
en un festin, mi muerte meditaba,

y Magnus me salvó.

Magn. (¡ Qué escucho ! ¡ El era !)

Jorge. No merece morir quien ha tenido
la dicha de salvaros.

Mineros. Viva Magnus.

Magn. ¡ Dios de bondad ! La vida os he debido,
¡ generoso Gustavo ! Voy huyendo
del déspota Cristién , y en Dinamarca
dó me espera una hija á quien adoro,
rogarémos los dos al santo cielo
que aumente vuestra gloria, libertando
à la Suecia infeliz.

Gust. Tan solo anhelo
que á esa hija digaís, Gustavo Wasa
jamás á sus promesas ha faltado,
juró recompensar el beneficio
que otro tiempo le hice, y me ha salvado.

ESCENA XIV.

LOS MISMOS, PETERSON, *un oficial*, y *soldados*.

Peter. Mirad á los traidores.
(Al oficial señalando á Gustavo, y *los mineros.)*

Gust. ¡ Miserable! *(á Petersón.)*

Oficial. Dáos á prision. *(A Gustavo.)*

Jorge. ¡Qué escucho! ¡Montañeses!
¿ Pudieraís consentir nos arrebaten
al gefe que elegimos ?

Mont. No ; primero
perecerémos todos.

Oficial. Pues que mueran.
(El oficial y *los soldados se dirijen contra los montañeses,* y *Gustavo se coloca entre ellos.)*

Gust. ¡ Qué vais á hacer , soldados! Vuestro acero
osáreis esgrimir contra la patria,
y combatiendo hermanos contra hermanos
su sangre derramar ! Es imposible
que puedan defender á los tiranos
los hijos de la Suecia desgraciada.
Hijos del pueblo sois , y al pueblo unidos
recobrad los derechos que os usurpa
la turba de estrangeros corrompidos
que venden la Nacion. ¿ No os avergüenza
ser instrumentos de su vil codicia ?

Si hierve sangre libre en vuestras venas,
y quereis adquirir inmortal nombre
arrojad las cadenas
al rostro de Cristién.

Oficial. Sí: lo queremos.

Soldados. ¡ Viva la libertad !

Miner. Viva Gustavo.

Gust. A tan dignos hermanos abracemos.
(*Los soldados* y *los montañeses se abrazan.*)

Jorge. El delator infame muera ahora.

Gust. Deteneós.

Peter. Señor... (*Arrojándose á los pies de Gustavo.*)

Gust. Sed generosos,
perdonádle tambien. (*A los montañeses.*)

Jorge. La vida os debe.

Peter. Cómo podré pagaros...

Gust. Basta, y sabe (*Le alza del suelo.*)
que no olvido jamás al que es aleve.
Os oigo, padre mio, y vuestros manes
aplacados serán. ¡Hijos de Suecia!
Al combate volemos.
(*A los mineros* y *soldados sacando el acero.*)
Un porvenir de gloria nos aguarda,
y á la Europa y al Mundo enseñarémos
que los tiranos son cobardes mónstruos
cuyo cetro de hierro rompe altiva
la Nacion que conoce sus derechos.
¡ Viva la independencia, Suecos!

Todos. ¡ Viva!

FIN DE LA JORNADA TERCERA.



JORNADA CUARTA.

La cárcel de Stokolmo. Una sala de descanso para los presos. Dos puertas laterales, y una en el fondo que conduce á una capilla. Una ventana al lado de la puerta de la derecha.

ESCENA PRIMERA.

EL ALCAIDE, *y el* MOZO *de llaves con un manojo de ellas en la mano.*

Alc. ¿Has cerrado bien la puerta
de la prision?

Mozo. Descuidad.
Os aseguro que ahora
no ha de volverse á escapar
el pájaro.

Alc. En ti confio.
Fortuna fué nuestra asaz,
que al saber Cristién su fuga
no nos mandase colgar.

Mozo. Tanto lo temió mi cuello,
que por él no daba un real.
Pero poco le ha valido
al pobre Magnus andar
tantas leguas, pues al punto

que llegó á su patria, zás,
me le prenden, y otra vez
os han hecho su guardian.
Parece que el mismo diablo
se conjura contra el tal
ex-senador.

Alc. Lo merece
por la traicion infernal
que tramaba contra el Rey.

Mozo. ¿Y cuál el premio será
de tan heróico servicio?

Alc. Un cadalso, y un dogal.

Mozo. ¡Friolera! Y la sentencia
creeis que pronto....

Alc. Quizás
se verifique mañana.

Mozo. Vamos, no es mucho tardar.

Alc. ¡Quién sabe! Los enemigos
han sitiado la ciudad,
y temo.....

Mozo. ¿Qué al fin se rinda?

Alc. Es fácil: por tierra y mar
sitiados, nos faltan víveres,
y ese Gustavo además
en los arrabales tiene
partidarios.

Mozo. ¡Voto á tal!
¡Ese Wasa es el demonio!
En un año ó poco más
ha ganado cien victorias
al ejército real,
y á las puertas de Stokolmo
se encuentra hoy. ¡Muy malo vá!

Alc. Calla: el señor Almirante.

Mozo. (Si lo oyó me manda ahorcar.)

ESCENA II.

Los mismos, y el ALMIRANTE.

Almir. Traed el preso á este sitio.

Alc. Vuestras órdenes serán
obedecidas, señor.
(*Vanse por la puerta de la izquierda el alcaide y el mozo de llaves.*)

ESCENA III.

EL ALMIRANTE.

Para poderle salvar
solo hay un medio; que Blanca
me dé su mano y quizás
lo consiga. El tiempo urge:
si vencedor llega á entrar
en Stokolmo Gustavo,
¿quién libertarme podrà
del suplicio? ¡Oh! Todavia
defiendo yo la ciudad,
y mientras brille mi acero
sus muros no ha de pisar.

ESCENA IV.

EL ALMIRANTE, *el* ALCAIDE, *y* LLAVERO *que traen á Magnus.*

Alc. Aquí le teneis, señor.
Almir. Retiraos.
Alc. Bien está.

ESCENA VI.

MAGNUS, *y el* ALMIRANTE.

Magn. ¡El Almirante!
Almir. ¿Os sorprende
que me halle en este lugar?
Magn. Como en dos meses lo menos
no he tenido dicha igual,
al veros dudo el motivo
que os obliga á visitar
á un desgraciado que gime
en una prision.
Almir. ¿Dudais
que soy vuestro amigo? Fuera
agraviarme.
Magn. Perdonad.

Tan ligera es mi memoria, (*Con ironia*)
que no puedo recordar
los favores que sin duda
le debo á vuestra amistad,
Solo recuerdo que estoy
en calabozo infernal
sumido, y que de mi hija
me han separado además.

Almir. Hoy la vereis.

Magn. ¡Santo cielo!
¿Será posible?

Almir. Escuchad.
Los rebeldes han sitiado
á Stokolmo.

Magn. Lo sé ya.
¿Y qué intentais?

Almir. Defendernos
hasta morir, y al mirar
que son sus esfuerzos vanos
sin duda alguna alzarán
el sitio; pero otro asunto
me trae á veros.

Magn. Hablad.

Almir. Federico en Dinamarca
se acaba de coronar,
y Cristién vengarse anhela
de los traidores que el plan
del duque han favorecido.

Magn. ¿Qué decis?

Almir. Hoy mismo.....

Magn. ¡Ah!

Almir. No quiero ocultaros nada.
Dispuesto el suplicio está....

Magn. ¡Gran Dios! Y acaso mi muerte.....

Almir. Lo acertásteis.

Magn. ¡Por piedad!
Si sois mi amigo, salvadme.

Almir. Una prueba os quiero dar
de que lo soy. Es preciso
que la promesa cumplais
que al Rey hicisteis, y al punto
sereis puesto en libertad.

Magn. ¿No hay otro medio?

Almir. Ninguno.
Contra vos furioso está
el Monarca, y solamente

si la mano me entregais
de vuestra hija, me atrevo
de su cariño á alcanzar,
perdone la vida al padre
de mi esposa. Meditad
lo que os conviene.

Magn. ¡Mi hija!
¿Y la he de sacrificar?
Prefiero morir.

Almir. Bien, Magnus.
Adios. (*Retirándose.*)

Magn. ¡Cielos! ¿Dónde vais?

Almir. A cumplir lo que ha ordenado
el Rey.

Magn. ¡Dios mio! Aguardad.
¿Y no hay remedio?

Almir. No le hallo.
Vuestra muerte ó.....

Magn. ¡Qué crueldad!

Blanca. (*Dentro*) Esta órden me permite
en su calabozo entrar.
Dejadme.

Magn. ¡Cielos! ¡Mi hija!

Almir. Esta es la ocasion.

Magn. Jamás.
Yo no puedo..... habladla vos.
Ella viene.

Almir. ¿Os retirais?

Magn. Tranquilo aguardo, Almirante,
mi sentencia. ¡Qué horror! ¡Ah!

(Magnus se vá por la puerta de la izquierda, y por la de la derecha sale Blanca.*)*

ESCENA VI.

BLANCA, *y el* ALMIRANTE.

Blanca. ¡Os veo al fin, padre mio!

Almir. No me deis tan dulce nombre.

Blanca. ¡Cielos! ¿Quién sois vos?
(*Iba á abrazarle y retrocede.*)

Almir. Un hombre,
que os ama con desvario.

Blanca. ¡Noibí!

Almir. El mismo, señora.

No me mireis con enojos,
que esclavo de vuestros ojos
el corazon os adora.
Y fuera mucho rigor
ver airados sus destellos
cuando sabeis que son ellos
por quienes muero de amor.
No seais, Blanca, cruel.

Blanca. No imaginaba encontrar
al venir á este lugar
quien de amor me hablara en él.

Almir. Luego mi presencia aqui
os es importuna?

Blanca. ¡Ah! No:
mi labio no pronunció
tal palabra.

Almir. Ya lo oí.
Pero sospechar podria
mirando vuestro semblante,
que no os agrada bastante,
señora, mi compañía.

Blanca. Si venís á visitar
á mi padre, caballero,
solo suplicaros quiero
que mitigueis su pesar.
Decidle que de Cristién
alcanzareis su perdon,
y pronto de esta prision
ha de salir.

Almir. Está bien.
Siempre, Blanca, fué mi objeto
á vuestro padre salvar.

Blanca. ¿Y lo podreis alcanzar?

Almir. Si me ayudais lo prometo.

Blanca. No entiendo.... ¿Ayudaros yo?
Decidme: ¿qué puede hacer
esta infelice muger?

Almir. Cumplir lo que prometió.

Blanca. (¡Dios mio!) (*Turbada.*)

Almir. No era mi intento
que os sorprendierais, señora,
al recordaros ahora
un sagrado juramento.
¿No me jurásteis un dia
ser mi esposa?

Blanca. (¡Qué sorpresa!)

Almir. Cumplidme vuestra promesa,
y yo cumpliré la mia.
¿Suspirais? ¡Ah! Tambien miro
en vuestros ojos el llanto.
¿Por qué me aborrece tanto
la hermosa por quién deliro?
¿Ignora que por su amor
al Monarca he suplicado,
y el suplicio ha dilatado
que amenazaba al traidor?
Blanca. ¡Mi padre!
Almir. Vive por mi.
¿Y lo ignorabais tambien?
Solo por vos de Cristién
en el enojo incurrí.
Pero hoy mismo ha decidido
que muera Magnus, y nada
le hará variar.
Blanca. ¡Desgraciada!
¿Será cierto lo qué he oido?
Morir mi padre..... ¡Gran Dios!
¡Y hoy mismo! ¿Qué estais diciendo?
¿Le abandonareis sabiendo
que solo confia en vos?
¡Imposible! ¡Por piedad!
Sed generoso Norbí,
salvadle y....
Almir. ¿Me amareis?
Blanca. Si. *(Haciendo un esfuerzo.)*
(¡Murió mi felicidad!)
Almir. ¿Qué oigo? Repite, hermosa,
esa mágica palabra,
y mi amante dicha labra
con tu mirada amorosa.
Harto tiempo tu desdén
desgarrára el alma mia,
cuando un rival pretendia
robarme mi dulce bien.
Harto tiempo en mi delirio
bebí el cáliz de los celos,
víctima de sus desvelos,
y de su amargo martirio.
Pero al fin me haceis dichoso,
y seré el libertador
de vuestro padre.
Blanca. ¡Ah! ¡Señor!

Almir. Hoy mismo seré tu esposo.
Blanca. (¡Dios mio! ¡No hay esperanza!)
Almir. A Cristién voy á buscar.
¿Quién puede á Magnus salvar
si mi ruego no lo alcanza?
Pronto volveré, señora,
á vuestro lado anhelante,
que es un siglo cada instante
para el alma que os adora...

ESCENA VII.

BLANCA.

¡Ser suya! ¿Qué he pronunciado?
Mintió mi lengua, mintió.
¿Y mi padre? ¿Y Wasa? ¡Oh!
¡Y la fé que he jurado!

ESCENA VIII.

MAGNUS, *y* BLANCA.

Magn. ¡Blanca! ¡Blanca! (*Abrazàndola.*)
Blanca. ¡Cielo santo!
¡Qué miro! ¡Padre del alma!
Magn. ¿Llorabas?
Blanca. Os amo tanto,
que al veros cesa mi llanto
y al pecho vuelve la calma.
Estais á mi lado y creo
que es ilusion.
Magn. ¡Hija mia!
Blanca. Se logró al fin mi deseo;
pero ¿dónde, dónde os veo?
En una cárcel sombria.
¡Ah! ¿Cuanto habreis padecido
en esta negra mansion
por donde vaga perdido,
sin hallar eco el gemido
del mas tierno corazon?
Mag. Dices bien: suerte traidora
aumenta mis fieros males,
pues en tres meses cabales

una hora, y otra hora
son á mi tormento iguales.
Alla en un lóbrego encierro
sepultado, Blanca mia,
solo veo en mi agonía
que negras puertas de hierro
me roban la luz del dia.
Y cuando al sueño entregado
pienso cesar de sufrir
me atormentan, desgraciado,
recuerdos de lo pasado,
y sombras del porvenir.
Que en continuo padecer
se agita la fantasía,
mirando al tiempo sorber
un dia trás otro dia,
y que hoy es ígual á ayer.
¿Pero quién te ha permitido
entrar?

Blanca. Una órden me dió
el Almirante, y juró
que pronto, padre querido,
saldreis de aquí.

Magn. ¿Libre yo?

Blanca. Sí, sereis libre, y yo esclava.

Magn. ¿Qué dices?

Blanca. Hoy el tirano
un suplicio os preparaba,
mas vuestro crímen se laba
si doy á Norbí mi mano.

Magn. Y pretendes....

Blanca. Perdonad
si he vacilado en mi intento,
porque es horrible tormento
mirar la felicidad,
y no tocarla un momento.
Aun no podreis comprender
cúan inmenso sacrificio
por vos hago. Es mi deber!
Destruyo vuestro suplicio
y eterno el mio ha de ser.

Magn. Que causa...

Blanca. No debo ya
ocultaros un secreto
que en mi alma grabado está.
Gustavo....

Magn. ¿Qué? (*Estoy inquieto.*)
Blanca. Me adora, y le adoro.
Magn. ¡Ah! (*Como herido de un recuerdo.*)
Blanca. Si, padre. Desque le ví
en nuestra patria le amé,
y vos no estabais allí,
y á la vuelta os oculté
lo que en mi pecho sentí.
Os lo iba á rebelar
cuando huir á Dinamarca
lográsteis. ¡Vano anhelar!
Que os prendieron al llegar
los espías del Monarca.
Magn. ¡Gustavo! ¡Cielos! Y yo
la libertad le he debido.
Blanca. El á vos, padre querido,
tambien la suya debió.
Magn. Es cierto: ya lo he sabido.
¡Desgraciada!
Blanca. Decís bien.
Quién mas infelice, quién,
si es mi estrella tan fatal
que apenas sueño un Edén
despierto en brazos del mal?
Magn. ¿Y le amas tanto?
Blanca. ¡Ah! ¡Señor!
Le adoro con desvarío,
que él es mi primer amor,
y me lo arrebata impío
de la fortuna el rigor.
Cuando ausente le lloraba
pensando que volvería
mi pena se mitigaba,
y la ardiente fantasía
bello porvenir soñaba.
Pues sin borrarse un momento
su imágen de mi memoria
creia escuchar su acento,
meciéndose el pensamiento
en sueños de oro y de gloria.
Y cuando vuelve triunfante
henchida su alma de amor
¿He de ser del Almirante?
¡Dios mio! Dadme valor
para olvidarle un instante.
¡Y he de ver desvanecida

la ilusion que anhelo tanto.
La esperanza de mi vida!

Magn.. Por piedad, hija querida,
enjuga el amargo llanto.

Blanca. Si le pierdo y él me ama
que llore, padre es razon,
porque las lágrimas son
la sangre que se derrama
del herido corazon.

ESCENA IX.

Los mismos, y el ALCAIDE.

Magn. ¿Qué quereis?

Alc. Vengo à poneros
en libertad.

Blanca. ¡Qué he oido!
¿Será posible?

Alc. El señor
Almirante me lo ha dicho,
y debo cumplir las órdenes
que me ha dado: este es mi oficio.

Magn. A ti tan solo, hija mia,
soy deudor..... ¡pero qué miro!
¿Vacilas ya? ¿Te estremece
el inmenso sacrificio,
que por la vida de un padre
intentas hacer?

Blanca. (¡Dios mio!
¡Dadme fuerzas para ello!)

Alc. ¿En libertad? Vive Cristo,
que debeis estar ahora
en estremo agradecido
á quien le ha dado la gana
de morirse. ¡Buen capricho!

Magn. ¿Qué dices?

Alc. Voy á contaros,
pues lo ignorais, el motivo
por el cual segun parece
se muestra el Rey tan benigno.
Un espía que ha llegado
del campo del enemigo
afirma que ha muerto.....

Blanca. (¡Cielos!

Si será¡.....)

Magn. ¿Quién?

Alc. El caudillo
de los rebeldes.

Blanca. ¡Qué escucho! (*Petrificada,*)

Magn. ¿Hablais de Gustavo?

Alc. El mismo.

Blanca. ¡Santo Dios! Pero decidme.....

Alc. No puedo mas, oigo ruido.
Es el señor Almirante.
(*Mirando hàcia la puerta de la derecha.*)

Magn. ¡El Almirante! Es preciso (*A Blanca bajo.*)
que no descubra en tu rostro
la señal.....

Blanca. (¡Qué horror!)

Magn. No exijo
te sacrifiques por mí.

Blanca. ¡Y he de ver vuestro suplicio!
¡Gustavo! Gustavo ha muerto,
y yo que le adoro vivo.

ESCENA X.

Los mismos, y el ALMIRANTE.

Almir. Dadme albricias, Senador.
Del Monarca he conseguido
vuestra libertad, y ahora
vengo tambien á deciros
la nueva feliz....

Magn. ¿Ha muerto
Wasa?

Almir. ¡Ah! ¿Lo habeis sabido?
¿Quién lo duda? La ciudad
hoy se entrega al regocijo
despreciando la arrogancia
de los Suecos.

Blanca (¡Què martirio!)

Almir. Y vos venid, Blanca hermosa,
al altar. En este sitio
quiero que se verifique
nuestra union.

Blanca. ¡Cómo! ¿Ahora mismo? (*Turbada.*)

Almir. En la capilla inmediata
todo se halla prevenido

para un acto tan solemne.
Blanca. (¡Santo Dios! Si le he perdido
¿qué debo hacer? ¿Y mi padre?
¿Y su vida? ¡Ah! No resisto.)
Vamos pues.
Almir. Me haceis dichoso,
(*Tomando á Blanca la mano.*)
y vos lo sereis conmigo.
Blanca. (¡Dichosa! ¡Ah!)
(*Al entrar por la puerta del fondo.*)
Magn. ¡Infeliz¡
Yo soy quien la sacrifico.

ESCENA XI.

MAGNUS.

No iré con ella al altar,
que no quiero ser testigo
de esa boda. ¡Pobre niña!
Tus inocentes delirios,
y doradas ilusiones
destruye fatal destino.
Amaba á Gustavo..... ¡Cielos!
Si antes lo hubiera sabido.....
y ha muerto el héroe de Suecia,
que generoso y altivo
vencer supo en las batallas
y perdonar al rendido!
¡Desgraciados Suecos! ¡Quién
osará romper los grillos
con que os oprime el tirano!

ESCENA XII.

MAGNUS, *y un* OFICIAL.

Ofic. ¡Traicion! ¡Traicion! (*Agitado.*)
Magn. ¿Qué ha ocurrido?
Ofic. Los rebeldes han entrado
en Stokolmo.
Magn. ¡Dios mio!
Ofic. ¿Dónde se halla el Almirante?
sin duda tambien ha huido

como el Rey.

Magn. Pero..... no ha muerto
Gustavo?

Ofic. No tal, ha sido
una infame estratagema.

Magn. ¡Santo cielo! ¿Qué habeis dicho?

(*Suenan tiros, campanas, y varios instrumentos de guerra.*)

Ofic. ¿No ois? Tocan á rebato
las campanas, suenan tiros.....

Magn. Pero como.....

Ofic. Los parciales
de Wasa nos han vendido;
de la ciudad le han abierto
las puertas.

Magn. Corred, amigo,
todavía será tiempo,
corred, corred á decirlo
al Almirante.

Ofic. Y donde.....

Magn. En la capilla. Yo mismo
(*Retrocede al ver al Almirante, y Blanca.*)
iré. ¡Gran Dios! Ellos salen.
Ya es tarde. ¡Ah! ¡La he perdido!

ESCENA XIII.

Dichos, BLANCA *el* ALMIRANTE, *y varios nobles.*

Ofic. Huid, señor al momento,
Stokolmo se ha rendido
á los rebeldes, Gustavo
triunfante.....

Blanca. (¡Qué oigo!)

Almir. ¡Maldito!
¿No ha muerto? ¿Y ese alboroto?.....
(*Se oye otra vez el anterior estrépito.*)

Ofic. Le causan los enemigos
y algunas de nuestras tropas
que rendirse no han querido
al usurpador.

Almir. ¡Mis bravos!
Todavía desafio
su poder.
(*Saca el acero, los nobles le imitan.*)

Ofic. Pensais.....
Almir. Seguidme.
¿Y Cristien?
Ofic. Huyó.
Almir. ¡Cobarde!
Hoy la corona conquisto.
(Se va por la puerta de la derecha: los nobles le siguen.)

ESCENA XIV.

MAGNUS *y* BLANCA.

Blanca. ¡Padre! ¡Padre!
Magn. ¡Desgraciada! (*Aterrado.*)
Blanca. ¿Será realidad ó sueño
lo que escuché? Repetidme,
repetidme que no ha muerto.
Magn. ¿Qué dices Blanca? (*Dudando.*)
Blanca. ¿Es posible
qué os goceis en mi tormento?
Acabad.
Magn ¡Qué duda!
Acaso.....
Blanca. Aun soy libre.
Magn. ¡Justo cielo! (*Arrojándose en sus brazos.*)
Blanca. Suspendió la ceremonia
ese rumor.
Magn. ¡Y no muero
de alegría!
Blanca. ¡Padre mio!
Magn. Pero otra vez se oye el trueno
del cañon.
Blanca. Esta ventana.....
(*Abriendo la de la derecha.*)
Magn. ¡Ah! Sí, desde ella podemos
ser testigos del combate.
Blanca. ¡Me falta el valor! ¡Qué veo!
(*Asomada á la ventana.*)
Ya Norbí se une á los suyos,
les infunde nuevo aliento.....
¡Cómo pelean!.... Rechazan
los de Gustavo..... ¡Cielos!
Si muriese en la batalla.....

Magn. Retírate. (*Blanca se separa de la ventana.*)
Blanca. ¿ Ese silencio
qué rebela ?
Magn. Nada escucho;
y las nubes de humo denso
que se levantan me impiden
distinguir.....
Blanca. Si hora le pierdo.....
¡ No le abandoneis Dios mio !
¡ Oid por piedad mis ruegos!
(*Blanca se prosterna delante de la ventana, y queda por un momento en silencio la escena.*)
Magn. Ese tropel. ...
Blanca. ¡ Gran Dios ! (*Levantándose azorada.*)
Magn. ¡ El Almirante ! (*Petrificado al verle.*)
¡ Ha vencido quizá !

ESCENA XV.

LOS MISMOS *y* EL ALMIRANTE . *y varios Nobles con las espadas desnudas.*

Almir. Seguidme todos,
no debemos perder un solo instante.
¿Si alcanzar la victoria no pudimos,
qué nos resta ? Decid : huir tan solo,
pues yá como valientes combatimos.
Por esta puerta que á la playa guia (*La del fondo.*)
La vida salvaremos. Ven hermosa !
Nos espera una nave, y serás mia.
Blanca. ¿ Yo ? Quereis...
Mag. (¡ Cuanto tardan !)
(*Impaciente mirando á la ventana.*)
Almir. Vamos pronto.
(*Toma á Blanca de la mano, y ella le rechaza.*)
Blanca. Seguiros, no, ¡ jamás ! Sabed ahora
el secreto que siempre os he ocultado.
Adoro á Wasa , y el tambien me adora.
Almir. (*Ciego de cólera.*)
¡Qué escucho! ¡Ah! No importa; aun te encuentras
en mi poder. Seguídme.
(*Quiere arrastrar á Blanca hácia la puerta del fondo, y aparece en ella Gustavo y sus soldados.*

ESCENA XVI.

LOS MISMOS, GUSTAVO, *Nobles, soldados.*

Deteneós.
(Los soldados se apoderan de los nobles y del Almirante, que retroceden aterrados.)

Blanca. ¡Gustavo! *(Arrojándose en sus brazos.)*
Gust. ¡Blanca!
Almir. (¡Oh!) *(Con el acceso de la desesperacion.)*
Gust. Muere, cobarde
(Se dirije con el acero desnudo á herir al Almirante, y Blanca se coloca entre ambos.)
Blanca. Te pido su perdon. Sé generoso.
Gust. Sí, dices bien. Gustavo no hizo alarde
de asesino jamás.
Mag. Yá soy dichoso.
Blanca. ¡Es sueño, ó realidad! De gozo henchido
quiere mi corazon saltar del pecho.
Gust. Con mi espada, y tu amor es, Blanca mia,
á mi ardiente ambicion el mundo estrecho.
¿Por complacerte, hermosa, que no haria?
Hasta la azul esfera
dó nace y muere el sol mi altivo vuelo
remontára quizás, y con sus rayos
tu corona tegiera
sirviéndote de trono el mismo cielo.

ESCENA ULTIMA.

Los mismos y Pueblo.

Pueblo. ¡Viva el libertador de Suecia!
Otros. ¡Viva Gustavo primero!
Gust. ¡Ciudadanos! Admito la corona
que me ofreceis. No ignoro lo que debo
al pueblo que su rey hacerme plugó,
y aquel que de las leyes no es esclavo
léjos de ser su padre es su verdugo.
¡Viva la libertad!
Todos. ¡Viva Gustavo!

(Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.